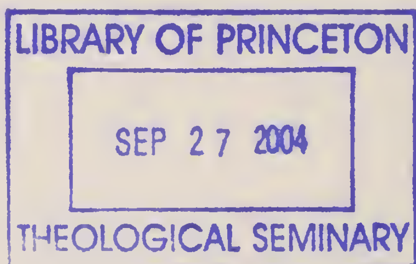

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 27 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

BOLETIN ECLESIASTICO

ÓRGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CVI Ene. / Feb. / Mar. del 2001



S.S. el Papa Juan Pablo II, en Consistorio ordinario público celebrado el 21 de febrero del 2001, en la Plaza de San Pedro, creó cuarenta y cuatro cardenales entre los que estuvo Mons. Antonio José González Zumárraga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador

CONTENIDO

EDITORIAL

DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

DOCUMENTOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

DOCUMENTOS ARQUIDIOCESANOS

ADMINISTRACION ECLESIASTICA

INFORMACION ECLESIAL

Director: Rvmo. Sr. Héctor Soria S. Telf.: 280 703 Apartado 17-01-00106.

Administradora: Hna. Regina Córdova Telf.: 284 429 Apartado 17-01-00106

Suscripción anual dentro del país US$10. Fuera del país US$ 65.

Se aceptan Canjes.

Levantamiento de textos e impresión: Mora & Asociados 438 866

Editorial

El tercer Arzobispo de Quito exaltado a Cardenal

En la finalización del Jubileo universal del año 2000 se difundieron rumores de que el Soberano Pontífice Juan Pablo II iba a crear nuevos Cardenales, a principios del tercer milenio, para llenar al rededor de veinte vacantes de Cardenales electores.

El domingo 21 de enero de este año 2001, a medio día, antes de la recitación del "Angelus", anunció públicamente ante los fieles congregados en la Plaza de San Pedro que el miércoles 21 de febrero, vigilia de la solemnidad de la Cátedra de San Pedro en Roma elevaría a la dignidad de Cardenales a un significativo número de Prelados de la Iglesia Católica. A los ocho días, el domingo 28 de enero, añadió a la lista anterior a otros Prelados, entre los cuales estaban dos alemanes y el Arzobispo de Santa Cruz de la Sierra, Mons. Julio Terrazas, de Bolivia.

En el octavo Consistorio público que S.S. el Papa Juan Pablo II celebró delante de la fachada de la Basílica de San Pedro, en la Plaza, creó a cuarenta y cuatro nuevos Cardenales de veintisiete países de cuatro continentes.

Se dijo que éste era el Consistorio más grande de la historia de la Iglesia. Por este motivo Juan Pablo II, en la homilía

que pronunció en el Consistorio, afirmó: "Esta mañana la Roma católica estrecha a los nuevos Cardenales en un cordial abrazo, convencida de que se está escribiendo otra página significativa de su historia milenaria".

Desde el 21 de febrero de 2001, el Colegio cardenalicio quedó compuesto por 183 miembros provenientes de 68 países de todo el mundo. Así se refleja mejor la universalidad de la Iglesia Católica. Los Cardenales se distribuyen por continentes de la siguiente manera: 95 de Europa, 51 de América (32 de América Latina y 19 de América del Norte), 17 de Asia, 16 de Africa y 4 de Oceanía.

De los 44 nuevos Cardenales, 11 son de América Latina y conviene observar que el Papa Juan Pablo II ha elevado al rango de Cardenales a los Arzobispos de casi todas las capitales de América Latina, que algunas desde hace varios años y otras desde hace poco tiempo no tenían un Cardenal en su Arzobispo.

La ciudad de Quito tuvo su primer Cardenal, cuando el Papa Pío XII elevó a la dignidad cardenalicia al Arzobispo Carlos María de la Torre, a principios de 1953; después el Papa Pablo VI concedió la dignidad de Cardenal a Mons. Pablo Muñoz Vega S.J., en mayo de 1969. El Cardenal Pablo Muñoz Vega falleció el 3 de junio de 1994 como Arzobispo emérito de Quito; por tanto desde esa fecha la Arquidiócesis de Quito dejó de tener Cardenal.



Momento en el que S.S. el Papa Juan Pablo II impuso la birreta roja a Mons. Antonio José González Zumárraga como "signo de la dignidad cardenalicia".

Tiene especial importancia para la Arquidiócesis de Quito el hecho de que S.S. el Papa Juan Pablo II haya concedido el cardenalato a Mons. Antonio José González Zumárraga, como al tercer Arzobispo consecutivo, porque este hecho confirma para la Sede primada de Quito el carácter de Sede cardenalicia.

Puesto que el Cardenal González Zumárraga es Cardenal Presbítero de la Iglesia Romana, el Santo Padre Juan Pablo II le ha asignado el Título de la iglesia parroquial de "Santa María in vía". La concesión de este Título ha satisfecho plenamente al Cardenal González Zumárraga, porque, en su devoción mariana, él quería tener el título que obtuvo el primer Cardenal ecuatoriano, Mons. Carlos María de la Torre, a quien se le concedió el Título de "Santa María in Aquiro". Por otra parte la iglesia de Santa María in vía ha sido iglesia titular de santos cardenales, como San Carlos Borromeo o San Roberto Belarmino.

Que Mons. Antonio José González Zumárraga, el tercer Arzobispo de Quito, elevado al cardenalato y el cuarto Cardenal ecuatoriano, asegure, por las oraciones de sus fieles, la protección divina, para servir pastoralmente a su Iglesia particular de la Arquidiócesis de Quito.

Cardenal Antonio José González Zumárraga

Antonio José González Zumárraga, XII Arzobispo de Quito, Doctor en Derecho Canónico, profesor universitario, hombre amable y sencillo, nació en Pujilí, Provincia del Cotopaxi, Ecuador, el 18 de marzo de 1925. Sus padres, Luis González y Leonor Benilde Zumárraga, fueron medianos propietarios de algunas tierras que brindaban el sustento familiar. Su hogar, con siete hermanos más, guardaba celosamente el sentido de la unidad familiar, bajo principios austeros de espiritualidad y formación moral. La norma de vida fue la dictada por su padre: *"Nunca engañen a nadie", "Siempre sean útiles a todos".*

Nadie presionó o influyó en el sacerdocio ministerial de Antonio; él tuvo una inclinación muy clara desde sus primeros años y, en el verano de 1938, al finalizar la educación primaria en la Escuela "Dr. Pablo Herrera", de su lugar natal, tras la entrevista con el Párroco, partió a Quito para ingresar al Seminario Menor "San Luis" en el que realizó los estudios de educación media, terminados los cuales, en julio de 1944 tomó sotana para luego continuar, en octubre del mismo año, su preparación en el Seminario Mayor "San José".

El 29 de junio de 1951 recibió la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito y luego de unos días, fue designado Coadjutor del Párroco de San Sebastián; después de un año y medio Coadjutor del Párroco de El Belén, donde permaneció hasta el verano de 1954 en que tuvo que viajar a España para realizar estudios de Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca. Obtuvo el Doctorado en Derecho Canónico con la tesis "Problemas del Patronato Indiano a través del Gobierno Eclesiástico Pacífico de

Fray Gaspar de Villarroel". En 1961, esta tesis fue publicada por la editorial ESET de Vitoria. En 1990, esta importante obra fue nuevamente publicada con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América con el título "Fray Gaspar de Villarroel, su Gobierno Eclesiástico Pacífico y el Patronato Indiano".

De vuelta a Quito, en septiembre de 1957 fue designado Subdirector del Pensionado Borja Nº 2 y un año más tarde, Subsecretario de la Curia Metropolitana, a la par que fue llamado por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador para que diera clases de cultura Superior Religiosa en la Facultad de Economía. En 1960 se le asignó la cátedra de Derecho Público Eclesiástico en la Facultad de Jurisprudencia. Dictó también Derecho Canónico en la Escuela de Ciencias Religiosas y en la Facultad de Ciencias Filosófico-Teológicas dio clases de Derecho Canónico, de Pastoral Sacramental y de Moral especial.

En 1961 fue nombrado Canónigo de la Catedral Metropolitana y luego fue ascendido a Canónigo Doctoral del mismo Cabildo Eclesiástico.

Mons. Pablo Muñoz Vega lo nombró Canciller de la Curia en 1964.

Durante dos años fue profesor de Religión en los cursos superiores del Colegio "Sagrados Corazones de Rumipamba" y, desde 1961, desempeñó el cargo de Rector del Colegio "Nuestra Madre de la Merced" hasta el 17 de mayo de 1969 en que fue nombrado por S.S. Paulo VI Obispo titular de Tagarata y Auxiliar de Quito. Fue consagrado el 15 de junio de 1969.

Dentro de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana fue primero Presidente de la Comisión de Liturgia, luego Presidente de la Comisión de Estructuras Visibles de la Iglesia y posteriormente

de la Comisión de Evangelización y Catequesis. Fue delegado de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana ante el Consejo Episcopal Latinoamericano y, en calidad de tal participó en la Asamblea General del CELAM que se celebró en 1977 en San Juan de Puerto Rico. Fue Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

Participó en la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla, México, en 1979.

En marzo de 1976, la Santa Sede lo nombró Administrador Apostólico de la diócesis de Machala y, en esa condición, sirvió a la diócesis por dos años hasta que S.S. Paulo VI lo nombró Obispo de Machala. En esta función pastoral se dedicó a visitar toda su jurisdicción y a proveerla de todas las ayudas que necesitaba y de las que le sugería su celo pastoral.

Inesperadamente, el 28 de junio de 1980, el Papa Juan Pablo II lo nombró Arzobispo Coadjutor de Quito con derecho a sucesión. El 22 de octubre del mismo año tomó posesión de este nuevo cargo con el ánimo decidido de seguir prestando su colaboración al Cardenal Pablo Muñoz Vega, a quien también representó como miembro de la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores.

A raíz de la fundación de Radio Católica Nacional del Ecuador (1985), Mons. González fue invitado a intervenir en el Programa "La Palabra de Dios" y dio un gran servicio a los sacerdotes y a los fieles no solo de la Arquidiócesis de Quito sino también de toda la Iglesia en el Ecuador con sus guías homiléticas que más tarde se plasmaron en dos libros intitulados "Mensaje Dominical".

En 1983 participó en la Asamblea General del Sínodo de los obispos en Roma como uno de los Delegados de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

El primero de junio de 1985, al ser aceptada la renuncia del Cardenal Pablo Muñoz Vega, Mons. González pasó a ser el XII Arzobispo de Quito. En su función de Arzobispo de Quito ha demostrado y confirmado su vocación específica de pastor; su preocupación ha sido la de atender pastoralmente a toda la Arquidiócesis, pero especialmente a los barrios marginales a los que ha dotado de pequeñas comunidades religiosas para que sean atendidos en la evangelización y catequesis, en la animación litúrgica, en la formación de grupos juveniles y pequeñas comunidades cristianas. Ha dado énfasis a la creación de nuevas parroquias que en estos momentos llegan a 162; felizmente, gracias a su celo pastoral, se ha podido contar con un buen número de seminaristas tanto en el Seminario Menor "San Luis" como en el Seminario Mayor "San José" y con un promedio de cuatro ordenaciones anuales.

El 3 de abril de 1987 fue elegido Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y reelegido para el mismo cargo en abril de 1990.

En 1989, S.S. Juan Pablo II lo nombró Consejero de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL); en calidad de tal, ha participado en las reuniones plenarias anuales de dicho Dicasterio, el mismo que tuvo la responsabilidad de preparar la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Santo Domingo (1992), en la que Mons. González participó como Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. En la reunión general de la CAL de octubre de 1993, en la que se trató de la aplicación del Documento de Santo Domingo en América Latina, Mons. González participó con la ponencia "El clamor de los

pobres, de los indígenas y de los afroamericanos a la luz de las orientaciones del Papa Juan Pablo II y de las conclusiones de Santo Domingo". En 1994 fue confirmado como Consejero de dicha Comisión para el período 1994-1999 y, con ocasión del primer Centenario del Concilio Plenario Latinoamericano de 1999, participó en el Simposio de carácter histórico organizado por la CAL, con la ponencia "El Episcopado Latinoamericano y las Iglesias locales". En ese año fue nuevamente confirmado como Consejero de la CAL para el período 1999-2004.

El 11 de noviembre de 1995 fue nombrado por la Santa Sede Primado del Ecuador.

En el Consistorio del 21 de febrero del 2001, Juan Pablo II lo creó Cardenal Presbítero de la Iglesia Romana.



Documentos de la Santa Sede

Anuncio Oficial del nombramiento de Cardenal



Al Venerable Hermano
Antonio José González Zumárraga
Arzobispo de Quito

Por las presentes letras te comunicamos que, en el próximo Consistorio que se celebrará el día 21 del mes de febrero -vísperas de la Solemnidad de la Cátedra de San Pedro Apóstol- nos te agregaremos al Colegio de Cardenales de la Santa Iglesia Romana, tanto para demostrarte nuestra peculiar benevolencia, como para concederte el premio de esta insigne dignidad por los méritos de tu servicio a la Iglesia y también para asociarte más estrechamente a nuestro ministerio pastoral en bien de la Iglesia Universal.

Sepas entre tanto que todo cuanto te comunicamos por las presentes letras debe mantenerse completamente bajo peculiar secreto pontificio, hasta que se publique el día 21 de este mes de enero, a las doce horas del mediodía de Roma.

Cordialmente en el Señor te impartimos la Bendición Apostólica, como prenda de nuestra benevolencia.

Desde el Palacio Vaticano, el día 19 del mes de enero del año 20001, vigésimo tercero de Nuestro Pontificado.

Juan Pablo, p.p. II.

Joannes Paulus II



Bula de la Nominación de Cardenal y de Concesión del Título

Juan Pablo Obispo siervo de los siervos de Dios

Al Vble. Hermano Antonio José González Zumárraga, Arzobispo Metropolitano de Quito, electo Cardenal de la Santa Romana Iglesia salud y Bendición Apostólica.

Habiendo juzgado oportuno agregar al Colegio de Padres Cardenales a ti, venerado Hermano, adornado de óptimas cualidades y benemérito de la Iglesia, en este Consistorio, en virtud de nuestra potestad Apostólica te nombramos Cardenal Presbítero, con todos los derechos y deberes que son propios de los Cardenales de tu Orden, asignándote en esta alma urbe el insigne templo de Santa María in Vía, a cuyo Rector, al Clero y a cuantos fieles a él pertenezcan les exhortamos paternalmente a que, cuando tomes posesión, te acojan con gozo y te admitan con devota reverencia. Además Nos alegramos vivamente contigo, porque, electo en el Senado de la Iglesia Católica, tu podrás asistirnos en el despacho de los asuntos de supremo interés y hacer honor a la Sede Romana, mientras rogamos fervorosamente a Dios benignísimo que quiera enriquecerte con sus dones y confirmarte en su gracia y con su ayuda.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día veintiuno del mes de febrero, vigilia de la solemnidad de la Cátedra del mismo Príncipe de los Apóstoles, en el año del Señor dos mil uno, vigésimo tercero de Nuestro Pontificado.

Juan Pablo, p.p. II

Joannes Paulus II



Luego de la imposición de la birreta, S.S. el Papa Juan Pablo II entrega a S.E. el Cardenal Antonio José González Zumárraga la bula de creación con el título presbiteral de la iglesia parroquial Santa María in vía, de la que tomó posesión en solemne ceremonia el domingo 25 de febrero del 2001.

Despleguemos juntos al viento del Espíritu las velas de la mística nave de la Iglesia

Homilía de S.S. Juan Pablo II durante el consistorio ordinario público celebrado en la plaza de San Pedro el miércoles 21 de febrero

1. *"El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor"* (*Mc* 10, 43).

Hemos escuchado una vez más estas desconcertantes palabras de Cristo. Hoy, en esta plaza, resuenan particularmente para vosotros, venerados y queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los que he tenido la alegría de incluir entre los miembros del Colegio cardenalicio. Con profundo afecto os dirijo mi cordial saludo, que extiendo a las numerosas personas que os acompañan. Expreso mi gratitud de manera especial al querido cardenal Giovanni Battista Re por las amables palabras que me ha dirigido, interpretando con vigor los sentimientos de todos vosotros.

Saludo fraternalmente a todos los demás cardenales presentes, así como a los arzobispos y obispos que están aquí con nosotros. Saludo también a las delegaciones oficiales, que han venido de varios países para festejar a sus cardenales: a través de ellas envío mi afectuoso saludo a las autoridades y a las queridas poblaciones que representan.

Me alegra que en el consistorio estén presentes delegados fraternos de algunas Iglesias y comunidades eclesiales. Les dirijo un cordial saludo, con la certeza de que también este gesto delicado de su parte contribuirá a favorecer el entendimiento recíproco cada vez mayor y el progreso hacia la comunión plena.

Hoy es una gran fiesta para la Iglesia universal, que se enriquece con cuarenta y cuatro nuevos cardenales. Y también es una gran fiesta para la ciudad de Roma, sede del Príncipe de los Apóstoles y de su Sucesor, no solo porque instaura una relación especial con cada uno de los nuevos purpurados, sino también porque la llegada de tantas personas de todas las partes del mundo le brinda la posibilidad de revivir un momento de gozosa acogida. En efecto, esta reunión solemne trae a la mente los numerosos eventos que han marcado el gran jubileo, concluido hace poco más de un mes. Con ese mismo entusiasmo, esta mañana la Roma "católica" estrecha a los nuevos cardenales en un cordial abrazo, convencida de que se está escribiendo otra página significativa de su historia bimilenaria.

2. *"El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos"* (*Mc* 10, 45).

Estas palabras del evangelista san Marcos nos ayudan a comprender mejor el sentido profundo de un acontecimiento como el consistorio que estamos celebrando. La Iglesia no se apoya en cálculos y fuerzas humanas, sino en Jesús crucificado y en el coherente testimonio que han dado de él los apóstoles, los mártires y los confesores de la fe. Es un testimonio que puede exigir incluso el heroísmo de la entrega total a Dios y a los hermanos. Cada cristiano sabe que está llamado a una fidelidad sin componendas, que puede requerir incluso el sacrificio supremo. Y esto lo sabéis especialmente vosotros, venerados hermanos, elegidos para la dignidad cardenalicia. Os comprometéis a seguir fielmente a Cristo, el Mártir por excelencia y el Testigo fiel.

Vuestro servicio a la Iglesia se manifiesta prestando al Sucesor de Pedro vuestra asistencia y colaboración para aligerar el trabajo que implica su ministerio, que se extiende hasta los confines de la tierra. Juntamente con él debéis ser defensores valientes de la verdad y custodios del patrimonio de fe y de costum-

bres que tiene su origen en el Evangelio. Así seréis guías seguros para todos y, en primer lugar, para los presbíteros, las personas consagradas y los laicos comprometidos.

El Papa cuenta con vuestra ayuda al servicio de la comunidad cristiana, que se introduce con confianza en el tercer milenio. Como auténticos pastores, sabréis ser centinelas vigilantes en defensa de la grey encomendada a vosotros por el "Pastor supremo", que os tiene preparada "la corona de gloria que no se marchita" (*1 P* 5, 4).

3. Un vínculo especialísimo os une desde hoy al Sucesor de Pedro, que por voluntad de Cristo -como se ha recordado oportunamente- es "el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de fieles" (*Lumen gentium*, 23). Este vínculo os hace, con un nuevo título, signos elocuentes de comunión. Si sois promotores de comunión, se beneficiará la Iglesia entera. San Pedro Damiani, cuya memoria litúrgica se celebra hoy, afirma: "La unidad hace que muchas partes constituyan un solo todo, que converjan las diversas voluntades de los hombres en la unión de la caridad y de la armonía del espíritu" (*Opusc.* XIII, 24). "Muchas partes" de la Iglesia encuentran expresión en vosotros, que habéis madurado vuestras experiencias en diferentes continentes y en diversos servicios al pueblo de Dios. Es esencial que las "partes" que representáis estén reunidas en "un solo todo" mediante la caridad, que es el vínculo de perfección. Solo así podrá hacerse realidad la oración de Cristo: "Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn* 17, 21).

Desde el concilio Vaticano II hasta hoy se ha hecho mucho para ensanchar los espacios de la responsabilidad de cada uno al servicio de la comunión eclesial. No cabe duda de que, con la gracia de Dios, se podrá realizar aún mucho más. Hoy vosotros sois proclamados y constituidos cardenales para que os comprome-

táis, en lo que de vosotros dependa, a hacer que la espiritualidad de la comunión crezca en la Iglesia. En efecto, solo esa espiritualidad puede dar "un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y a la apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del pueblo de Dios" (*Novo millennio ineunte*, 45).

4. Venerados hermanos, sois los primeros cardenales creados en el nuevo milenio. Después de haber tomado en abundancia de las fuentes de la misericordia divina durante el Año santo, la mística nave de la Iglesia se apresta a "bogar mar adentro" de nuevo para llevar al mundo el mensaje de la salvación. Juntos queremos desplegar las velas al viento del Espíritu, escudriñando los signos de los tiempos e interpretándolos a la luz del Evangelio, para responder "a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas" (*Gaudium et spes*, 4).

El mundo se hace cada vez más complejo y mudable, y la viva conciencia de las discrepancias existentes produce o aumenta las contradicciones y los desequilibrios (cf. *ib.*, 8). Las enormes potencialidades del progreso científico y técnico, así como el fenómeno de la globalización, que se extiende continuamente a campos nuevos, nos exigen estar abiertos al diálogo con toda persona y con toda instancia social, a fin de dar a cada uno razón de la esperanza que llevamos en el corazón (cf. *1 P* 3, 15).

Sin embargo, venerados hermanos, sabemos que, para poder afrontar adecuadamente las nuevas tareas es necesario cultivar una comunión cada vez más íntima con el Señor. El mismo color púrpura de las vestiduras que lleváis os recuerda esta urgencia. ¿No es ese color un símbolo del amor apasionado a Cristo? Ese rojo encendido, ¿no indica el fuego ardiente del amor a la Iglesia que debe alimentar en vosotros la disponibilidad, si es necesario, incluso a dar el supremo testimonio de la sangre? "*Usque ad effusionem sanguinis*", reza la antigua fórmula. Al con-

templaros, el pueblo de Dios debe poder encontrar un punto de referencia concreto y luminoso que lo estimule a ser verdaderamente luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5, 13).

5. Procedéis de veintisiete países de cuatro continentes y habláis lenguas diversas. ¿No es este también un signo de la capacidad que tiene la Iglesia, extendida ya por todos los rincones del planeta, de comprender pueblos con tradiciones y lenguajes diferentes para llevar a todos el anuncio de Cristo? En él, y solo en él, es posible encontrar salvación. He aquí la verdad que queremos reafirmar hoy juntos. Cristo camina con nosotros y guía nuestros pasos.

A doscientos años del nacimiento del cardenal Newman, me parece volver a escuchar las palabras con las que aceptó de mi predecesor, el Papa León XIII, la sagrada púrpura: "La Iglesia -dijo- no debe hacer más que proseguir su misión, con confianza y en paz; permanecer firme y tranquila, y esperar la salvación de Dios. *Mansueti hereditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis*" (*Sal* 37, 11). Que estas palabras de ese gran hombre de Iglesia nos estimulen a todos a amar cada vez más nuestro ministerio pastoral.

Venerados hermanos, en torno a vosotros se encuentran reunidos, para compartir este momento de alegría, vuestros familiares y amigos, así como muchos de los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral. Juntamente con todo el pueblo cristiano, espiritualmente presente, dirigen al Señor fervientes súplicas por vuestro nuevo servicio a la Sede apostólica y a la Iglesia universal.

Sobre vosotros extiende su manto materno María que, acogiendo la invitación del mensajero divino, supo responder prontamente: "Hágase en mí según tu palabra" (*Lc* 1, 38). Interceden por vosotros los apóstoles san Pedro y san Pablo, así como vuestros santos protectores. Os acompaña también mi recuerdo fraterno en la oración y mi bendición.

Reafirmamos nuestro compromiso de fidelidad

Palabras del cardenal Giovanni Battista Re

Beatísimo Padre:

El primer sentimiento que brota del corazón de todos los que esta mañana somos llamados a formar parte del Colegio cardenalicio es una profunda gratitud hacia Vuestra Santidad, y es para mí un elevado honor hacerme su intérprete en nombre de los nuevos cardenales. Entre los consistorios de la historia de la Iglesia, éste registra el número más elevado de nuevos cardenales, también porque tiene lugar al poco tiempo de concluir el Año santo en el que celebramos el bimilenario del nacimiento de Cristo, que suscitó en el mundo un interés mayor que otros jubileos

Venimos de experiencias eclesiales diversas, y de culturas y naciones diferentes: hay entre nosotros prelados que trabajan en el ministerio pastoral directo en diócesis antiguas y recientes, y teólogos famosos; prelados que sirven a la Iglesia ayudando diariamente a Vuestra Santidad en la Curia romana; prelados que han padecido la persecución e incluso la cárcel, pagando por la fe un elevado precio de sufrimiento. Tenemos historias personales diversas, pero a todos nos impulsa la misma gratitud por el gesto de confianza de Vuestra Santidad. Todos percibimos la bondad de Vuestra Santidad con respecto a nosotros.

Nuestra inclusión en el Colegio cardenalicio nos une más íntimamente a la Iglesia de Roma que, según la conocida expresión de san Ignacio de Antioquía, «preside en la caridad» y nos une con vínculos más profundos a Vuestra Santidad, Sucesor del apóstol san Pedro y, por consiguiente, «principio y fundamento de la fe y de la comunión» (*Lumen gentium,* 18).

Conscientes de los deberes y de las responsabilidades que implica este nombramiento, expresamos nuestro compromiso de *fidelidad total* a aquel que Cristo ha elegido como la *roca* sobre la cual sigue manteniendo sólidamente asentada y unida a su Iglesia; plena fidelidad a aquel a quien Cristo ha encomendado las *llaves* del reino de los cielos y la tarea de confirmar en la fe a los hermanos. La fidelidad al Papa significa para nosotros también un compromiso especial de promoción de la unidad en el seno del pueblo de Dios; es decir, no solo quiere ser adhesión al magisterio pontificio y obediencia leal a las directrices del Sucesor de Pedro; también desea traducirse en un esfuerzo generoso y constante para lograr que todo el pueblo de Dios viva en comunión cada vez más estrecha con el Vicario de Cristo, reconociendo en él la guía segura de las conciencias y la piedra fundamental de toda construcción espiritual.

Padre Santo, a la vez que sentimos en nosotros un vivo sentido de temor ante la creciente responsabilidad al colaborar de cerca con Vuestra Santidad para el bien de la Iglesia y de la humanidad, reconocemos con alegría cuánta luz, cuánto consuelo y cuánto apoyo nos han venido y nos vienen a nosotros, los obispos, en las diócesis o en la Curia romana, del magisterio y del ejemplo de amor y entrega a Cristo y a la Iglesia que nos brinda Vuestra Santidad.

En el mundo miran a Vuestra Santidad con creciente atención, y cada vez con mayor admiración, no solo los católicos, sino también los que, aun sin compartir la fe cristiana, están abiertos a los valores del espíritu y a los ideales atractivos para todo corazón humano.

En los numerosos viajes pastorales en que he tenido personalmente la alegría de acompañar a Vuestra Santidad, en países cercanos y lejanos, he podido constatar cuánto afecto se siente en el mundo por Vuestra Santidad y cuánto respeto tienen tam-

bién hacia usted los que pertenecen a otras religiones o se declaran parte del así llamado «mundo laico».

La voz de Vuestra Santidad resuena en el mundo entero como un punto de referencia y de estímulo, prestando un valioso servicio no solo a los católicos sino también a la humanidad entera, que tiene sed de luz y de verdad.

Nadie en el mundo se ha encontrado con tantas personas como Vuestra Santidad. Son innumerables los hombres y mujeres de toda condición a quienes usted ha estrechado la mano, con quienes ha hablado, con quienes ha orado y a quienes ha bendecido.

La sorprendente capacidad de comunicarse con las personas y las multitudes, las certezas que transmite, la valentía que muestra cada día y, más aún, la intensidad de la oración de Vuestra Santidad, son una luz que ilumina el camino de la Iglesia y de la humanidad.

Además, el testimonio que Vuestra Santidad ha dado a lo largo del Año jubilar, recién concluido, permite esperar que el Señor quiera conservarlo aún por mucho tiempo al frente de la Iglesia.

El pueblo de Dios necesita aún el ejemplo de entrega de Vuestra Santidad, incluso cuando las fuerzas físicas disminuyen, porque al mismo tiempo crecen el signo de la paternidad y el testimonio de la oración y del sufrimiento en beneficio de la Iglesia, poniendo de relieve que, aunque es importante el *hacer,* mucho más lo es el *ser,* y que, en el fondo, es Cristo quien guía a su Iglesia.

Bendiga, Santo Padre, a nuestras personas; bendiga a nuestros colaboradores; bendiga a nuestros familiares y amigos, y a cuantos nos acompañan con su simpatía y con sus buenos deseos.

Extienda su bendición a los dicasterios de la Santa Sede, a las diócesis y a las naciones que hoy tenemos la suerte de representar aquí.

En nombre de todos, ¡gracias de corazón, Padre Santo!.

La cruz es la cátedra de Dios

Homilía durante la misa con los nuevos cardenales en la fiesta de la Cátedra de San Pedro, jueves 22 de febrero

El Vicario de Cristo entregó el anillo a cada uno de los cuarenta y cuatro nuevos purpurados

1. «*"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro contestó: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"*» (*Mt* 16, 15-16).

Este diálogo entre Cristo y sus discípulos, que acabamos de escuchar, es siempre actual en la vida de la Iglesia y del cristiano. En todas las horas de la historia, especialmente en las más decisivas, Jesús interpela a los suyos y, después de preguntarles sobre lo que piensa de él "la gente", limita el campo y les pregunta: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?".

Esta pregunta la hemos escuchado, en el fondo, durante todo el gran jubileo del año 2000. Y cada día la Iglesia ha respondido incesantemente con una profesión común de fe: "Tú eres el Cristo, el Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre". Una respuesta universal, en la que, a la voz del Sucesor de Pedro se han unido las de los pastores y los fieles de todo el pueblo de Dios.

2. *Una única confesión de fe: ¡tú eres el Cristo!* Esta confesión de fe es el gran don que la Iglesia ofrece al mundo al inicio del tercer milenio, mientras se aventura en el "inmenso océano" que se abre ante ella (cf. *Novo millennio ineunte,* 58). La fiesta de hoy pone en primer plano *el papel de Pedro y de sus Sucesores* al guiar la barca de la Iglesia en este "océano". Por consiguiente, es sumamente significativo que en esta celebración litúrgica esté junto al Papa el Colegio cardenalicio con los nuevos cardenales, creados ayer en el primer consistorio después del gran jubileo. Quere-

mos dar todos juntos gracias a Dios por haber fundado su Iglesia sobre la roca de Pedro. Como sugiere la oración "colecta", deseamos orar intensamente para que "entre los peligros del mundo", la Iglesia no se turbe, sino que avance con valentía y confianza.

3. Sin embargo, permitidme ante todo expresar mi alegría y gratitud al Señor precisamente por vosotros, amadísimos y venerados hermanos, que acabáis de entrar a formar parte del Colegio cardenalicio. A cada uno le renuevo mi más cordial saludo, que extiendo a vuestros familiares y a los fieles aquí reunidos, así como a las comunidades de las que procedéis y que hoy se unen espiritualmente a nuestra celebración.

Considero providencial celebrar con vosotros y con todo el Colegio la fiesta de la Cátedra de San Pedro, porque se trata de un singular y elocuente *signo de unidad*, con el que juntos comenzamos el período posjubilar. Un signo que es, al mismo tiempo, invitación a profundizar la reflexión sobre el ministerio petrino, al que se refiere de forma particular vuestra función de cardenales.

4. "*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*" (*Mt* 16, 18).

En el "hoy" de la liturgia, el Señor Jesús dirige también al Sucesor de Pedro esas palabras, que se convierten para él en el compromiso de confirmar a sus hermanos (cf. *Lc* 22, 32). Con gran consuelo y con vivo afecto os llamo a vosotros, venerados hermanos cardenales, a uniros a la Sede de Pedro en el peculiar *ministerio de unidad* que se le ha encomendado.

"Como Obispo de Roma soy consciente -lo afirmé en la encíclica *Ut unum sint* sobre el compromiso ecuménico-, de que la comunión plena y visible de todas las comunidades, en las que, gracias a la fidelidad de Dios, habita su Espíritu, es el deseo ardiente de Cristo" (n. 95). Para esa finalidad primaria *los cardenales*, sea como Colegio sea de forma individual, *pueden y deben*

brindar su valiosa contribución, pues son los primeros colaboradores del ministerio de unidad del Romano Pontífice. La púrpura con que están revestidos recuerda la sangre de los mártires, especialmente la de san Pedro y san Pablo, sobre cuyo supremo testimonio se funda la vocación y la misión universal de la Iglesia de Roma y de su Pastor.

5. ¡Cómo no recordar que el ministerio de Pedro, principio visible de unidad, constituye una dificultad para las demás Iglesias y comunidades eclesiales! (cf. *Ut unum sint*, 88). Sin embargo, ¡cómo no recordar, al mismo tiempo, el dato histórico del primer milenio, cuando la función primacial del Obispo de Roma fue ejercida sin encontrar resistencias en la Iglesia tanto de Occidente como de Oriente! Hoy quisiera orar al Señor de modo particular, junto con vosotros, para que en el nuevo milenio, en el que ya nos encontramos, se supere pronto esta situación y se vuelva a la comunión plena. El Espíritu Santo dé a todos los creyentes la luz y la fuerza necesarias para realizar el ardiente anhelo del Señor. A vosotros os pido que me asistáis y colaboréis conmigo de todos los modos posibles en esta comprometedora misión.

Venerados hermanos cardenales, *el anillo* que lleváis y que dentro de poco voy a entregar a los nuevos miembros del Colegio, pone de relieve precisamente el vínculo especial que os une a esta Sede apostólica. En el "inmenso océano" que se abre ante la nave de la Iglesia, cuento con vosotros para orientar su camino en la verdad y en el amor, a fin de que, superando las tempestades del mundo, resulte cada vez más eficazmente signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

6. "Así dice el Señor: Yo mismo buscaré a mis ovejas y cuidaré de ellas" (*Ez* 34, 11).

En la fiesta de la Cátedra de San Pedro, la liturgia nos vuelve a proponer el célebre oráculo del profeta Ezequiel, en el que Dios

se revela como el Pastor de su pueblo. En efecto, la *cátedra* es inseparable del *báculo pastoral*, porque Cristo, *Maestro y Señor*, vino a nosotros como *el buen Pastor* (cf. *Jn* 10, 1-18). Así lo conoció Simón, el pescador de Cafarnaúm: experimentó su amor tierno y misericordioso, y quedó conquistado por él. Su vocación y su misión de apóstol, resumidas en el nuevo nombre, Pedro, que recibió del Maestro, se basan totalmente en su relación con él, desde el primer encuentro, al que lo llamó su hermano Andrés (cf. *Jn* 1, 40-42), hasta el último, en la ribera del lago, cuando el Resucitado le encargó que apacentara a su rebaño (cf. *Jn* 21, 15-19). En medio, el largo camino del seguimiento, en el que el Maestro divino llevó a Simón a una profunda conversión, que experimentó horas dramáticas en el momento de la pasión, pero que desembocó luego en la alegría luminosa de la Pascua.

Sed fieles a vuestra misión, dispuestos a dar la vida por el Evangelio.

En virtud de esta *experiencia transformadora del buen Pastor*, Pedro, escribiendo a las Iglesias de Asia menor, se define a sí mismo "testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse" (*1 P* 5, 1). Exhorta a "los presbíteros" a apacentar el rebaño de Dios, siendo sus modelos (cf. *1 P* 5, 2-3). Esta exhortación se dirige hoy de modo especial a vosotros, amadísimos hermanos, a quienes el buen Pastor ha querido asociar del modo más eminente al ministerio del Sucesor de Pedro. Sed fieles a vuestra misión, dispuestos a dar la vida por el Evangelio. Esto os pide el Señor y esto espera de vosotros el pueblo cristiano, que hoy os acompaña con alegría y afecto.

7. "Yo he orado por ti, para que tu fe no desfallezca" (*Lc* 22, 32).

Lo dijo el Señor a Simón Pedro durante la última Cena. Estas palabras de Jesús, fundamentales para Pedro y para sus Sucesores,

difunden luz y consuelo también sobre quienes colaboran más de cerca en su ministerio. Hoy, a cada uno de vosotros, venerados hermanos cardenales, Cristo os repite: "Yo he orado por ti", para que tu fe no desfallezca en las situaciones en que pueda ponerse más a prueba tu fidelidad a Cristo, a la Iglesia y al Papa.

Esta oración, que brota incesantemente del corazón del buen Pastor, sea siempre, amadísimos hermanos, vuestra fuerza. No dudéis de que, como sucedió con Cristo y con san Pedro, así acontecerá también con vosotros: vuestro testimonio más eficaz será siempre el marcado por la cruz. *La cruz es la cátedra de Dios en el mundo.* En ella Cristo dio a la humanidad la lección más importante, la de amarnos los unos a los otros como él nos amó (cf. *Jn* 13, 34): hasta el don supremo de sí.

Al pie de la cruz está siempre la Madre de Cristo y de los discípulos, María santísima. A ella el Señor nos encomendó cuando dijo: "Mujer, he ahí a tu hijo" (*Jn* 19, 26). La Virgen santísima, Madre de la Iglesia, como protegió de modo especial a Pedro y a los Apóstoles, seguramente protegerá al Sucesor de Pedro y a sus colaboradores. Esta consoladora certeza os aliente a no temer las pruebas y las dificultades. Más aún, con la seguridad de la protección constante de Dios, cumplamos juntos el mandato de Cristo, que con vigor invita a Pedro, y con él a la Iglesia, a remar mar adentro: "*Duc in altum*" (*Lc* 5, 4). Sí, amadísimos hermanos, rememos mar adentro, echemos las redes para la pesca y "avancemos con esperanza" (*Novo millennio ineunte*, 58).

vuestro testimonio más eficaz será siempre el marcado por la cruz.

Cristo, el Hijo de Dios vivo, es el mismo ayer, hoy y siempre.
Amén.

Toma de Posesión del Título Cardenalicio de Santa María in Vía



Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen del Pozo

Parroquia de S. María in Vía.
Largo Chigi - Roma

Datos históricos

Era la noche entre el 26 y 27 de septiembre de 1256 y las aguas del pozo, que se encontraba en la caballeriza del palacio del Cardenal Pedro Capocci, crecieron al punto de desbordar. Los caballos asustados empezaron a relinchar. Despertados por el rumor acudieron los siervos y su sorpresa fue grande cuando vieron flotar sobre las aguas una pesada piedra en la cual se veía pintada al fresco la Imagen de María. Trataron de sacarla pero no podían, porque la Imagen se les escapaba de las manos. Advertido el Sr. Cardenal, bajó con algunos familiares y luego de rezar fervorosamente una oración, pudo sacar sin dificultad la Imagen y la llevó a su oratorio privado. Al día siguiente el Cardenal narró el prodigio al Papa Alejandro IV el cual, después del proceso jurídico que comprobó el milagro, ordenó que en la caballeriza fuera edificada una iglesia. Cuando estuvo terminada el Santo Padre con todo el clero romano, acompañó en devota procesión la milagrosa Imagen, que fue colocada cerca del pozo en que había aparecido.

Desde entonces hasta el día de hoy, la Sma. Virgen concede gracias y curaciones por medio de esa agua bebida con devoción por los fieles y llevada a los enfermos.

En el año 1425 la Iglesia fue declarada Parroquia; desde el año 1513 fue confiada a los Siervos de María y desde el año 1551 fue honrada con Título Cardenalicio.

La taumaturga Imagen fue coronada por el Capítulo Vaticano en el año 1646.

La fiesta principal es el día 8 de septiembre y en la noche del 26 al 27 de septiembre se conmemora el milagro con una vigilia mariana.

Saludo del Rdo. Padre Guiseppe M. Scattolini, O.S.M.

Eminencia Reverendísima:

Para mí, para la Comunidad Parroquial de Santa María in Vía, para la Comunidad Religiosa de los Siervos de María a los cuales cerca de cinco siglos ha sido confiado el cuidado pastoral de esta Parroquia, es motivo de profundo gozo y de viva complacencia acogerle hoy, con ocasión de la toma de posesión del título cardenalicio de Santa María in Vía.

Usted es el primer cardenal de América Latina al que se le ha conferido este título cardenalicio, instituido por el Papa Julio III cuatrocientos cincuenta años hace, en 1551, mientras se celebraba el Concilio de Trento y la Iglesia estaba fuertemente empeñada en la primera evangelización del Nuevo Mundo.

Será mi preocupación hacer conocer a todos los fieles de esta parroquia los altos méritos de Su Eminencia, Arzobispo de Quito, actualmente Primado de la Iglesia en el Ecuador, en otro tiempo Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, y miembro de la Pontificia Comisión para América Latina y muy conocido por las múltiples iniciativas pastorales al servicio de los más débiles y necesitados y por la afirmación de los valores evangélicos, en el plano de la catequesis y de la justicia social en la noble nación del Ecuador.

Su nombre, desde hoy, se añade a la lista de Ilustres Cardenales titulares de nuestra iglesia: de San Roberto Belarmino, a los Cardenales Egidio Albornoz, Carlos Carafa, Pedro Francisco Bussi y Patricio Hayes, para mencionar tan solo algunos nombres.

Fue por otra parte un Cardenal, Pedro Capocci, que en el año 1256 constató el prodigioso aparecimiento de la imagen de

Nuestra Señora del Pozzo y se preocupó al principio de la erección de una capilla junto a la cual surge después esta iglesia.

Séame permitido aprovechar la ocasión del encuentro de hoy para recordar algunos particulares vínculos entre el Ecuador y los Hermanos de la Orden de los Siervos de María que hoy cuentan con numerosas comunidades en otros países de América Latina. Son del siglo XIX y del inicio del siglo XX algunos documentos, conservados en nuestros archivos -y hoy expuestas sus copias en una de nuestras capillas- que atestiguan de la presencia en Ecuador de Cofradías de la Bienaventurada Virgen María de los Dolores y de la Tercera Orden u Orden Secular de los Siervos de María: presencias solicitadas, promovidas y llevadas a cumplimiento por el Vble. Siervo de Dios ecuatoriano Julio María Matovelle Maldonado, por el Arzobispo de Quito, por el Obispo de Ibarra y otros. Hace veinte años, un religioso Siervo de María en visita a algunas de estas Cofradías descubrió que en el Ecuador era conocida y cultivada también la devoción al Santo Siervo de María Felipe Benizi.

Estamos ciertos, por tanto, eminencia Reverendísima, que la concesión de este título cardenalicio contribuirá ulteriormente a estrechar estos lazos entre nuestra familia religiosa y la Iglesia ecuatoriana.

Reciba, por tanto, eminencia Reverendísima, la más calurosa bienvenida de parte mía, del Consejo Pastoral de esta Parroquia, de los representantes de las asociaciones parroquiales y de todos los fieles presentes.

Este fraterno y cordial saludo a Vuestra Eminencia se extiende también a los Excelentísimos Obispos, a las altas autoridades religiosas y civiles que han querido unirse con nosotros en torno suyo, en este día.

La Virgen Santísima, venerada en esta iglesia con el título de Nuestra Señora del Pozzo acompañe y sostenga su alto ministerio y magisterio de Pastor. A este auspicio se asocia, sincera y partícipe la plegaria de esta comunidad parroquial y de la Comunidad de los Siervos de María, de la cual son miembros también algunos religiosos de América Latina.

Octavo Domingo Ordinario del Año "C"

El pasaje del Evangelio según San Lucas, que se proclama en las Misas de este octavo Domingo del tiempo litúrgico ordinario del año "C" nos invita a reflexionar sobre el tema de los "Frutos de la vida cristiana", que son las buenas obras; y sobre nuestra obligación de no juzgar mal ni condenar a los demás.

1. Las buenas obras son los frutos de la auténtica vida cristiana

Jesucristo emplea en el Evangelio la comparación del árbol y de sus frutos para discernir el valor y la bondad de la vida cristiana. La auténtica vida cristiana se conoce por los frutos de las buenas obras, como el árbol bueno se conoce por los frutos que produce. "No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto".

La bondad del árbol solo se mide por la cantidad y calidad de sus frutos. Con esta comparación se puede juzgar la auténtica vida cristiana. Son muchos los cristianos que pueden aparentar diversas clases de grandezas o de honores: sabiduría humana, cualidades de organización, capacidad de dirigir a los demás, etc. Todo esto puede ser, ante el mensaje de Jesús, pura apariencia, hojas que engañan, que cubren la falta de frutos. Lo que importa, lo que determina la calidad de la vida cristiana son los frutos de las buenas obras, las obras concretas que se realizan por amor a Dios y por amor a nuestros hermanos.

Para precisar mejor el sentido de estos frutos, debemos situarnos en el contexto del sermón de la llanura que nos relata San Lucas (6, 20-49): amar al enemigo, dar sin esperar recompensa, hacer el bien hasta el final sin exigir compensaciones, no erigirse en guía o dictador de los demás, abrirse al Reino como un pobre.

2. No debemos juzgar mal ni condenar a los demás

Un fruto especial de la vida cristiana verdadera es evitar todo juicio contra el prójimo. El verdadero cristiano ama al prójimo como a su hermano y, por lo mismo, no se erige en juez y árbitro de la conducta de los demás.

Los cristianos no debemos juzgar mal a los demás; no debemos dominar a los demás ni condenarlos por aquello que a nosotros nos parezcan sus defectos. Ningún hombre es dueño de los otros; nadie tiene, por lo mismo, el derecho de imponer su criterio a los otros hombres. En la comparación del ciego que quiere guiar a otro ciego se condena también la tendencia de dominio sobre los demás, que puede estar latente en cada uno de nosotros. Lo que parece amor, disposición de ayuda al necesitado se identifica con un rasgo de egoísmo: guiando un ciego a otro ciego, el primero se comporta como dueño del destino del segundo. El viejo refrán ha señalado ya la ridiculez de la pretensión del ciego que pretende ser guía del otro ciego: los dos terminarán cayendo en el hoyo.

la señal de la verdadera vida cristiana es la práctica del amor fraterno

Para lograr una comunión interpersonal en la que nadie juzgue ni domine a nadie, el único camino es el del amor fraterno. Por eso la señal de la verdadera vida cristiana es la práctica del amor fraterno: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis los unos a los otros". (Jn 13, 35).

3. Toma de posesión del título de Cardenal presbítero

El Santo Padre Juan Pablo II, Obispo de Roma y Pastor Supremo de la Iglesia de Jesucristo, se ha dignado elevar a la dignidad de Cardenal Presbítero de la Iglesia de Roma a este modesto Pastor de la Arquidiócesis de Quito, en el pequeño país del Ecuador en América Latina.

Con esta designación, S.S. el Papa Juan Pablo II me ha unido, con especial comunión eclesial, a esta Santa Iglesia de Roma, ya que me ha agregado a lo que es la continuación del antiguo presbiterio de Roma, al haberme creado Cardenal Presbítero.

Es para mí un honor especial el que me haya asignado el título de esta Iglesia de Santa María in Vía. Al menos de iure me une a esta comunidad cristiana parroquial que tiene como centro a esta veneranda Iglesia. Queridos hermanos, vivamos de hoy en adelante más unidos en el amor de Dios que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones.

Los fieles de la Arquidiócesis de Quito se sentirán también más unidos con ustedes con los lazos de la fe en Jesucristo, de la filial devoción que profesamos a la Sma. Virgen María y de la caridad con que nos amamos como hermanos.

Pido a la Sma. Virgen María que ella siga siendo la Estrella de la nueva Evangelización para esta comunidad parroquial de Roma y para la Comunidad eclesial de la Arquidiócesis de Quito.

Que la Sma. Virgen María sea para mí la guía segura que nos conduzca por la vía de esta vida hasta la consecución de la vida eterna.

Así sea.

Homilía pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, en la Misa de toma de posesión del título cardenalicio de Santa María in Vía, en Roma, el domingo 25 de febrero del 2001.

Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XVI Jornada mundial de la juventud

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (*Lc* 9, 23).

Amadísimos jóvenes:

1. Mientras me dirijo a vosotros con alegría y afecto con ocasión de nuestra tradicional cita anual, conservo en los ojos y en el corazón la imagen sugestiva de la gran "Puerta" en la explanada de Tor Vergata, en Roma. La tarde del 19 de agosto del año pasado, al comienzo de la vigilia de la XV Jornada mundial de la juventud, con cinco jóvenes de los cinco continentes, tomándonos de la mano, crucé ese umbral bajo la mirada de Cristo crucificado y resucitado, como para entrar simbólicamente con todos vosotros en el tercer milenio.

Quiero expresar aquí, desde lo más íntimo de mi corazón, mi agradecimiento sincero a Dios por el don de la juventud, que por medio de vosotros permanece en la Iglesia y en el mundo (cf. *Homilía en Tor Vergata*, 20 de agosto de 2000).

Deseo, además, darle vivamente las gracias porque me ha concedido acompañar a los jóvenes del mundo durante los dos últimos decenios del siglo recién concluido, indicándoles el camino que lleva a Cristo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (*Hb* 13, 8). Pero, a la vez, le doy gracias porque los jóvenes han acompañado y casi sostenido al Papa a lo largo de su peregrinación apostólica por los países de la tierra.

¿Qué fue la XV Jornada mundial de la juventud sino un intenso momento de contemplación del misterio del Verbo hecho carne

por nuestra salvación? ¿No fue una extraordinaria ocasión para celebrar y proclamar la fe de la Iglesia y para proyectar un renovado compromiso cristiano, dirigiendo juntos la mirada al mundo, que espera el anuncio de la Palabra que salva? Los auténticos frutos del jubileo de los jóvenes no se pueden calcular en estadísticas, sino únicamente en obras de amor y justicia, en la fidelidad diaria, valiosa aunque a menudo poco visible. Queridos jóvenes, a vosotros, y especialmente a quienes participaron directamente en aquel inolvidable encuentro, confié la tarea de dar al mundo este coherente testimonio evangélico.

2. Enriquecidos con la experiencia vivida, habéis vuelto a vuestros hogares y a vuestras ocupaciones habituales, y ahora os disponéis a celebrar en el ámbito diocesano, junto con vuestros pastores, la XVI Jornada mundial de la juventud.

En esta ocasión, quisiera invitaros a reflexionar en las condiciones que Jesús pone a quien decide ser su discípulo: "Si alguno quiere venir en pos de mí -dice-, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (*Lc* 9, 23). Jesús no es el Mesías del triunfo y del poder. En efecto, no liberó a Israel del dominio romano y no le aseguró la gloria política. Como auténtico Siervo del Señor, cumplió su misión de Mesías mediante la solidaridad, el servicio y la humillación de la muerte. Es un Mesías que se sale de cualquier esquema y de cualquier clamor; no se le puede "comprender" con la lógica del éxito y del poder, usada a menudo por el mundo como criterio de verificación de sus proyectos y acciones.

Jesús, que vino para cumplir la voluntad del Padre, permanece fiel a ella hasta sus últimas consecuencias, y así realiza la misión de salvación para cuantos creen en él y lo aman, no con palabras, sino de forma concreta. Si el amor es la condición para seguirlo, el sacrificio verifica la autenticidad de ese amor (cf. carta apostólica *Salvifici doloris*, 17-18).

3. *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (*Lc* 9, 23). Estas palabras expresan el radicalismo de una opción que no admite vacilaciones ni dar marcha atrás. Es una exigencia dura, que impresionó incluso a los discípulos y que a lo largo de los siglos ha impedido que muchos hombres y mujeres siguieran a Cristo. Pero precisamente este radicalismo también ha producido frutos admirables de santidad y de martirio, que confortan en el tiempo el camino de la Iglesia. Aún hoy esas palabras son consideradas un escándalo y una locura (cf. *1 Co* 1, 22-25). Y, sin embargo, hay que confrontarse con ellas, porque el camino trazado por Dios para su Hijo es el mismo que debe recorrer el discípulo, decidido a seguirlo. No existen dos caminos, sino uno solo: el que recorrió el Maestro. El discípulo no puede inventarse otro.

Jesús camina delante de los suyos y a cada uno pide que haga lo que él mismo ha hecho. Les dice: yo no he venido para ser servido, sino para servir; así, quien quiera ser como yo, sea servidor de todos. Yo he venido a vosotros como uno que no posee nada; así, puedo pediros que dejéis todo tipo de riqueza que os impide entrar en el reino de los cielos. Yo acepto la contradicción, ser rechazado por la mayoría de mi pueblo; puedo pediros también a vosotros que aceptéis la contradicción y la contestación, vengan de donde vengan.

En otras palabras, Jesús pide que elijan valientemente su mismo camino; elegirlo, ante todo, "en el corazón", porque tener una situación externa u otra no depende de nosotros. De nosotros depende la voluntad de ser, en la medida de lo posible, obedientes como él al Padre y estar dispuestos a aceptar hasta el fondo el proyecto que él tiene para cada uno.

4. *"Niéguese a sí mismo"*. Negarse a sí mismo significa renunciar al propio proyecto, a menudo limitado y mezquino, para acoger

el de Dios: este es el camino de la conversión, indispensable para la existencia cristiana, que llevó al apóstol san Pablo a afirmar: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (*Ga* 2, 20).

Jesús no pide renunciar a vivir; lo que pide es acoger una novedad y una plenitud de vida que solo él puede dar. El hombre tiene enraizada en lo más profundo de su corazón la tendencia a "pensar en sí mismo", a ponerse a sí mismo en el centro de los intereses y a considerarse la medida de todo. En cambio, quien sigue a Cristo rechaza este repliegue sobre sí mismo y no valora las cosas según su interés personal. Considera la vida vivida como un don, como algo gratuito, no como una conquista o una posesión: En efecto, la vida verdadera se manifiesta en el don de sí, fruto de la gracia de Cristo: una existencia libre, en comunión con Dios y con los hermanos (cf. *Gaudium et spes*, 24).

Si vivir siguiendo al Señor se convierte en el valor supremo, entonces todos los demás valores reciben de este su correcta valoración e importancia. Quien busca únicamente los bienes terrenos, será un perdedor, a pesar de las apariencias de éxito: la muerte lo sorprenderá con un cúmulo de cosas, pero con una vida fallida (cf. *Lc* 12, 13-21). Por tanto, hay que escoger entre ser y tener, entre una vida plena y una existencia vacía, entre la verdad y la mentira.

5. *"Tome su cruz y sígame"*. De la misma manera que la cruz puede reducirse a mero objeto ornamental, así también "tomar la cruz" puede llegar a ser un modo de decir. Pero en la enseñanza de Jesús esta expresión no pone en primer plano la mortificación y la renuncia. No se refiere ante todo al deber de soportar con paciencia las pequeñas o grandes tribulaciones diarias; ni mucho menos quiere ser una exaltación del dolor como medio de agradar a Dios. El cristiano no busca el sufrimiento por sí

mismo, sino el amor. Y la cruz acogida se transforma en el signo del amor y del don total. Llevarla en pos de Cristo quiere decir unirse a él en el ofrecimiento de la prueba máxima del amor.

No se puede hablar de la cruz sin considerar el amor que Dios nos tiene, el hecho de que Dios quiere colmarnos de sus bienes. Con la invitación *"sígueme"*, Jesús no solo repite a sus discípulos: tómame como modelo, sino también: comparte mi vida y mis opciones, entrega como yo tu vida por amor a Dios y a los hermanos. Así, Cristo abre ante nosotros el *"camino de la vida"*, que, por desgracia, está constantemente amenazado por el *"camino de la muerte"*. El pecado es este camino que separa al hombre de Dios y del prójimo, causando división y minando desde dentro la sociedad.

El cristiano no busca el sufrimiento por sí mismo, sino el amor.

El *"camino de la vida"*, que imita y renueva las actitudes de Jesús, es el camino de la fe y de la conversión; o sea, precisamente el camino de la cruz. Es el camino que lleva a confiar en él y en su designio salvífico, a creer que él murió para manifestar el amor de Dios a todo hombre; es el camino de salvación en medio de una sociedad a menudo fragmentaria, confusa y contradictoria; es el camino de la felicidad de seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias, en las circunstancias a menudo dramáticas de la vida diaria; es el camino que no teme fracasos, dificultades, marginación y soledad, porque llena el corazón del hombre de la presencia de Jesús; es el camino de la paz, del dominio de sí, de la alegría profunda del corazón.

6. Queridos jóvenes, nos os parezca extraño que, al comienzo del tercer milenio, el Papa os indique una vez más la cruz como ca-

mino de vida y de auténtica felicidad. La Iglesia desde siempre cree y confiesa que solo en la cruz de Cristo hay salvación.

Una difundida cultura de lo efímero, que asigna valor a lo que agrada y parece hermoso, quisiera hacer creer que para ser felices es necesario apartar la cruz. Presenta como ideal un éxito fácil, una carrera rápida, una sexualidad sin sentido de responsabilidad y, finalmente, una existencia centrada en la afirmación de sí mismos, a menudo sin respeto por los demás.

Sin embargo, queridos jóvenes, abrid bien los ojos: este no es el camino que lleva a la vida, sino el sendero que desemboca en la muerte. Jesús dice: "Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la salvará". Jesús no nos engaña: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?" (*Lc* 9, 24-25). Con la verdad de sus palabras, que parecen duras, pero llenan el corazón de paz, Jesús nos revela el secreto de la vida auténtica (cf. *Discurso a los jóvenes de Roma*, 2 de abril de 1998).

Así pues, no tengáis miedo de avanzar por el camino que el Señor recorrió primero. Con vuestra juventud, imprimid en el tercer milenio que se abre el signo de la esperanza y del entusiasmo típico de vuestra edad. Si dejáis que actúe en vosotros la gracia de Dios, si cumplís vuestro importante compromiso diario, haréis que este nuevo siglo sea un tiempo mejor para todos.

Con vosotros camina María, la Madre del Señor, la primera de los discípulos, que permaneció fiel al pie de la cruz, desde la cual Cristo nos confió a ella como hijos suyos. Y os acompañe también la bendición apostólica, que os imparto de todo corazón.

Vaticano, 14 de febrero de 2001

Joannes Paulus, p.p. II

«NOVO MILLENNIO INEUNTE»

CARTA APOSTÓLICA
NOVO MILLENNIO INEUNTE
DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II
AL EPISCOPADO
AL CLERO Y A LOS FIELES
AL CONCLUIR EL GRAN JUBILEO
DEL AÑO 2000

A los Obispos
a los sacerdotes y diáconos,
a los religiosos y religiosas y
a todos los fieles laicos.

1. Al comienzo del nuevo milenio, mientras se cierra el Gran Jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a «remar mar adentro» para pescar: «*Duc in altum*» (*Lc* 5,4). Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. «Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces» (*Lc* 5,6).

¡Duc in altum! Estas palabras resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13,8).

La alegría de la Iglesia, que se ha dedicado a contemplar el rostro de su Esposo y Señor, ha sido grande este año. Se ha conver-

tido, más que nunca, en pueblo peregrino, guiado por Aquél que es «el gran Pastor de las ovejas» (*Hb* 13, 20). Con un extraordinario dinamisno, que ha implicado a todos sus miembros, el Pueblo de Dios, aquí en Roma, así como en Jerusalén y en todas las Iglesias locales, ha pasado a través de la «Puerta Santa» que es Cristo. A él, meta de la historia y único Salvador del mundo, la Iglesia y el Espíritu Santo han elevado su voz: «*Marana tha* - Ven, Señor Jesús» (cf. *Ap* 22,17.20; *1 Co* 16,22).

Es imposible medir la efusión de gracia que, a lo largo del año, ha tocado las conciencias. Pero ciertamente, un «río de agua viva», aquel que continuamente brota «del trono de Dios y del Cordero» (cf. *Ap* 22,1), se ha derramado sobre la Iglesia. Es el agua del Espíritu Santo que apaga la sed y renueva (cf. *Jn* 4,14). Es el amor misericordioso del Padre que, en Cristo, se nos ha revelado y dado otra vez. Al final de este año podemos repetir, con renovado regocijo, la antigua palabra de gratitud: «Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (*Sal* 118, 1).

2. Por eso, siento el deber de dirigirme a todos vosotros para compartir el canto de alabanza. Había pensado en este Año Santo del dos mil como un momento importante desde el inicio de mi Pontificado. Pensé en esta celebración como una convocatoria providencial en la cual la Iglesia, treinta y cinco años después del Concilio Ecuménico Vaticano II, habría sido invitada a interrogarse sobre su renovación para asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora.

¿Lo ha logrado el Jubileo? Nuestro compromiso, con sus generosos esfuerzos y las inevitables fragilidades, está ante la mirada de Dios. Pero no podemos olvidar el deber de gratitud por las «maravillas» que Dios ha realizado por nosotros. «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*» (*Sal* 89, 2).

Al mismo tiempo, lo ocurrido ante nosotros exige ser considerado y, en cierto sentido, interpretado, para escuchar lo que el Espíritu, a lo largo de este año tan intenso, ha dicho a la Iglesia (cf. *Ap* 2,7.11.17 etc.).

3. Sobre todo, queridos hermanos y hermanas, es necesario pensar en el futuro que nos espera. Tantas veces, durante estos meses, hemos mirado hacia el nuevo milenio que se abre, viviendo el Jubileo no solo como *memoria del pasado*, sino como *profecía del futuro*. Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas. Es una tarea a la cual deseo invitar a todas las Iglesias locales. En cada una de ellas, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la «fracción del pan» (cf. *Hch* 2,42), está «verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica».[1] Es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas.

Este arraigarse de la Iglesia en el tiempo y en el espacio refleja, en definitiva, *el movimiento mismo de la Encarnación*. Es, pues, el momento de que cada Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios en este especial año de gracia, más aún, en el período más amplio de tiempo que va desde el Concilio Vaticano II al Gran Jubileo, analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral. Con este objetivo, deseo ofrecer en esta Carta, al concluir el Año Jubilar, la contribución de mi ministerio petrino, para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su camino.

1 Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los Obispos, 11.

I
EL ENCUENTRO CON CRISTO, HERENCIA DEL GRAN JUBILEO

4. «Te damos gracias, Señor, Dios omnipotente» (*Ap* 11, 17). En la Bula de convocatoria del Jubileo auguraba que la celebración bimilenaria del misterio de la Encarnación se viviera como un «único e ininterrumpido canto de alabanza a la Trinidad»[2] y a la vez como camino de reconciliación y como signo de genuina esperanza para quienes miran a Cristo y a su Iglesia».[3] La experiencia del año jubilar se ha movido precisamente en estas dimensiones vitales, alcanzando momentos de intensidad que nos han hecho como tocar con la mano la presencia misericordiosa de Dios, del cual procede «toda dádiva buena y todo don perfecto» (*St* 1, 17).

Pienso, sobre todo, en la *dimensión de la alabanza*. Desde ella se mueve toda respuesta auténtica de fe a la revelación de Dios en Cristo. El cristianismo es gracia, es la sorpresa de un Dios que, satisfecho no solo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura, y después de haber hablado muchas veces y de diversos modos por medio de los profetas, «últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo» (*Hb* 1,1-2).

¡En estos días! Sí, el Jubileo nos ha hecho sentir que dos mil años de historia han pasado sin disminuir la actualidad de aquel «hoy» con el que los ángeles anunciaron a los pastores el acontecimiento maravilloso del nacimiento de Jesús en Belén: «Hoy os ha nacido en la ciudad de David un salvador, que es Cristo el Señor» (*Lc* 2, 11). Han pasado dos mil años, pero permanece más

2 Bula *Incarnationis mysterium*, 3: *AAS* 91 (1999), 132.
3 *Ibíd.*, 4: *l.c.*, 133.

viva que nunca la proclamación que Jesús hizo de su misión ante sus atónitos conciudadanos en la Sinagoga de Nazaret, aplicando a sí mismo la profecía de Isaías: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (*Lc* 4, 21). Han pasado dos mil años, pero sigue siendo siempre consolador para los pecadores necesitados de misericordia —y ¿quién no lo es?— aquel «hoy» de la salvación que en la Cruz abrió las puertas del Reino de Dios al ladrón arrepentido: «En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lc* 23, 43).

La plenitud de los tiempos

5. La coincidencia de este Jubileo con la entrada en un nuevo milenio, ha favorecido ciertamente, sin ceder a fantasías milenaristas, la percepción del misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación. *¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!* En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, «en la plenitud de los tiempos» (*Ga* 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, por medio él, Verbo e imagen del Padre, «todo se hizo» (*Jn* 1, 3; cf. *Col* 1, 15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (cf. *Mc* 1, 15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. *Mc* 4,30-32), en nuestra historia.

«Gloria a ti, Cristo Jesús, hoy y siempre tú reinarás». Con este canto, tantas veces repetido, hemos contemplado en este año a Cristo como nos lo presenta el Apocalipsis: «El alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» (*Ap* 22, 13). Y contemplando a Cristo hemos adorado juntos al Padre y al Espíritu, la única e indivisible Trinidad, misterio inefable en el cual todo tiene su origen y su realización.

Purificación de la memoria

6. Para que nosotros pudiéramos contemplar con mirada más pura el misterio, este Año jubilar ha estado fuertemente caracterizado por la *petición de perdón*. Y esto ha sido así no solo para cada uno individualmente, que se ha examinado sobre la propia vida para implorar misericordia y obtener el don especial de la indulgencia, sino también para toda la Iglesia, que ha querido recordar las infidelidades con las cuales tantos hijos suyos, a lo largo de la historia, han ensombrecido su rostro de Esposa de Cristo.

Para este examen de conciencia nos habíamos preparado mucho antes, conscientes de que la Iglesia, acogiendo en su seno a los pecadores «es santa y a la vez tiene necesidad de purificación».[4] Unos Congresos científicos nos han ayudado a centrar aquellos aspectos en los que el espíritu evangélico, durante los dos primeros milenios, no siempre ha brillado. ¿Cómo olvidar la conmovedora *Liturgia del 12 de marzo de 2000*, en la cual yo mismo, en la Basílica de san Pedro, fijando la mirada en Cristo Crucificado, me he hecho portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de tantos hijos suyos? Esta «purificación de la memoria» ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio.

Los testigos de la fe

7. Sin embargo, la viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*. Pa-

4 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

ra algunos de ellos el Año jubilar ha sido también el año de su beatificación o canonización. Respecto a Pontífices bien conocidos en la historia o a humildes figuras de laicos y religiosos, de un continente a otro del mundo, la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa al vivo el rostro de Cristo.

Mucho se ha trabajado también, con ocasión del Año Santo, para recoger *las memorias preciosas de los Testigos de la fe en el siglo XX*. Los hemos conmemorado el 7 de mayo de 2000, junto con representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, en el sugestivo marco del Coliseo, símbolo de las antiguas persecuciones. Es una herencia que no se debe perder y que se ha de trasmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación.

Iglesia peregrina

8. Siguiendo las huellas de los Santos, se han acercado aquí a Roma, ante las tumbas de los Apóstoles, innumerables hijos de la Iglesia, deseosos de profesar la propia fe, confesar los propios pecados y recibir la misericordia que salva. Mi mirada en este año ha quedado impresionada no solo por las multitudes que han llenado la Plaza de san Pedro durante muchas celebraciones. Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza.

Observando también el continuo fluir de los grupos, los veía como *una imagen plástica de la Iglesia peregrina*, la Iglesia que está, como dice san Agustín «entre las persecuciones del mundo y los

consuelos de Dios».[5] Nosotros solo podemos observar el aspecto más externo de este acontecimiento singular. ¿Quién puede valorar las maravillas de la gracia que se han dado en los corazones? Conviene callar y adorar, confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios y cantar su amor infinito: «*¡Misericordias Domini in aeternum cantabo!*».

Los jóvenes

9. Los numerosos encuentros jubilares han congregado las más diversas clases de personas, notándose una participación realmente impresionante, que a veces ha puesto a prueba el esfuerzo de los organizadores y animadores, tanto eclesiales como civiles. Deseo aprovechar esta Carta para expresar a todos ellos mi agradecimiento más cordial. Pero, además del número, lo que tantas veces me ha conmovido ha sido constatar el serio esfuerzo de oración, de reflexión y de comunión que estos encuentros han manifestado.

Y, ¿cómo no recordar especialmente *el alegre y entusiasmante encuentro de los jóvenes?* Si hay una imagen del Jubileo del Año 2000 que quedará viva en el recuerdo más que las otras es seguramente la de la multitud de jóvenes con los cuales he podido establecer una especie de diálogo privilegiado, basado en una recíproca simpatía y un profundo entendimiento. Fue así desde la bienvenida que les di en la Plaza de san Juan de Letrán y en la Plaza de san Pedro. Después les vi deambular por la Ciudad, alegres como deben ser los jóvenes, pero también reflexivos, deseosos de oración, de «sentido» y de amistad verdadera. No será fácil, ni para ellos mismos, ni para cuantos los vieron, borrar de la memoria aquella semana en la cual Roma se hizo «joven

5 San Agustín, *De civ. Dei* XVIII, 51, 2: *PL* 41, 614; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

con los jóvenes». No será posible olvidar la celebración eucarística de Tor Vergata.

Una vez más, los jóvenes han sido para Roma y para la Iglesia *un don especial del Espíritu de Dios*. A veces, cuando se mira a los jóvenes, con los problemas y las fragilidades que les caracterizan en la sociedad contemporánea, hay una tendencia al pesimismo. Es como si el Jubileo de los Jóvenes nos hubiera «sorprendido», trasmitiéndonos, en cambio, el mensaje de una juventud que expresa un deseo profundo, a pesar de posibles ambigüedades, de aquellos valores auténticos que tienen su plenitud en Cristo. ¿No es, tal vez, Cristo el secreto de la verdadera libertad y de la alegría profunda del corazón? ¿No es Cristo el amigo supremo y a la vez el educador de toda amistad auténtica? Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. *Is* 21,11-12) en esta aurora del nuevo milenio.

Peregrinos de diversas clases

10. Obviamente no puedo detenerme en detalles sobre todas las celebraciones jubilares. Cada una de ellas ha tenido sus características y ha dejado su mensaje no solo a los que han asistido directamente, sino también a los que lo han conocido o han participado a distancia a través de los medios de comunicación social. Pero, ¿cómo no recordar el tono festivo del *primer gran encuentro dedicado a los niños*? Empezar por ellos significaba, en cierto modo, respetar la exhortación de Jesús: «Dejad que los niños se acerquen a mí» (*Mc* 10, 14). Más aún, quizás significaba repetir el gesto que él hizo cuando «colocó en medio» a un niño y lo presentó como símbolo mismo de la actitud que había que asumir, si se quiere entrar en el Reino de Dios (cf. *Mt* 18, 2-4).

Y así, en cierto sentido, siguiendo las huellas de los niños han venido a pedir la misericordia jubilar las más diversas clases de adultos: desde los ancianos a los enfermos y minusválidos, desde los trabajadores de las oficinas y del campo a los deportistas, desde los artistas a los profesores universitarios, desde los Obispos y presbíteros a las personas de vida consagrada, desde los políticos y los periodistas hasta los militares, venidos para confirmar el sentido de su servicio como un servicio a la paz.

Gran impacto tuvo *el encuentro de los trabajadores*, desarrollado el 1 de mayo dentro de la tradicional fecha de la fiesta del trabajo. A ellos les pedí que vivieran la espiritualidad del trabajo, a imitación de san José y de Jesús mismo. Su jubileo me ofreció, además, la ocasión para lanzar una fuerte llamada a remediar los desequilibrios económicos y sociales existentes en el mundo del trabajo, y a gestionar con decisión los procesos de la globalización económica en función de la solidaridad y del respeto debido a cada persona humana.

Los niños, con su incontenible comportamiento festivo, volvieron en el *Jubileo de las Familias*, en el cual han sido señalados al mundo como «primavera de la familia y de la sociedad». Muy elocuente fue este encuentro jubilar en el cual tantas familias, procedentes de diversas partes del mundo, vinieron para obtener, con renovado fervor, la luz de Cristo sobre el proyecto originario de Dios (cf. *Mc* 10, 6-8; *Mt* 19, 4-6). Ellas se comprometieron a difundirla en una cultura que corre el peligro de perder, de modo cada vez más preocupante, el sentido mismo del matrimonio y de la institución familiar.

Uno de los encuentros más emotivos para mí fue el que tuve con *los presos de la cárcel Regina Caeli*. En sus ojos leí el dolor, pero también el arrepentimiento y la esperanza. Para ellos el Jubileo fue por un motivo muy particular un «año de misericordia».

Finalmente, fue simpático, en los últimos días del año, el encuentro con *el mundo del espectáculo*. A las personas que trabajan en este sector recordé la gran responsabilidad de proponer, con la alegre diversión, mensajes positivos, moralmente sanos, capaces de transmitir confianza y amor a la vida.

Congreso Eucarístico Internacional

11. En la lógica de este Año jubilar, un significado determinante debía tener el *Congreso Eucarístico Internacional*. ¡Y lo tuvo! Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que se hace presente entre nosotros, ¿cómo podía su presencia real no ser el centro del Año Santo dedicado a la encarnación del Verbo? Precisamente por ello fue previsto como año «intensamente eucarístico»[6] y así hemos procurado vivirlo. Al mismo tiempo, ¿cómo podía faltar, al lado del recuerdo del nacimiento del Hijo, el de la Madre? María ha estado presente en las celebraciones jubilares no solo por medio de oportunos y cualificados congresos, sino sobre todo a través del gran Acto de consagración con el que, rodeado por buena parte del Episcopado mundial, confié a su solicitud materna la vida de los hombres y de las mujeres del nuevo milenio.

La dimensión ecuménica

12. Se comprenderá así que hable espontáneamente del Jubileo visto desde la Sede de Pedro. Sin embargo, no olvido que yo mismo quise que su celebración tuviese lugar de pleno derecho también en las Iglesias particulares, y es allí donde la mayor parte de los fieles han podido obtener las gracias especiales y, en particular, la indulgencia del Año jubilar. Así pues, es significativo que muchas Diócesis hayan sentido el deseo de hacerse presentes, con numerosos grupos de fieles, también aquí en Roma.

6 Cf. Cart. ap. *Tertio millennio adveniente*, (10 de noviembre de 1994), 55: *AAS* 87 (1995) 38.

La ciudad eterna ha manifestado, pues, una vez más su papel providencial de lugar donde las riquezas y los dones de todas y cada una de las Iglesias, y también de cada nación y cultura, se armonizan en la «catolicidad», para que la única Iglesia de Cristo manifieste de modo cada vez más elocuente su misterio de sacramento de unidad.[7]

Había pedido asimismo que, en el programa del Año jubilar, se prestara una particular atención a la *dimensión ecuménica.* ¿Qué ocasión más propicia para animar el camino hacia la plena comunión que la celebración común del nacimiento de Cristo? Se han llevado a cabo muchos esfuerzos para este objetivo, y entre ellos destaca el encuentro ecuménico en la Basílica de San Pablo el 18 de enero de 2000, cuando por primera vez en la historia una Puerta Santa fue abierta conjuntamente por el Sucesor de Pedro, por el Primado Anglicano y por un Metropolitano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, en presencia de representantes de Iglesias y comunidades eclesiales del todo el mundo. En esta misma dirección han ido también algunos importantes encuentros con Patriarcas ortodoxos y Jerarcas de otras confesiones cristianas. Recuerdo, en particular, la reciente visita de S.S. Karekin II, patriarca supremo y Catholicós de todos los armenios. Además, muchos fieles de otras Iglesias y comunidades eclesiales han participado en los encuentros jubilares de los diversos grupos. El camino ecuménico es ciertamente laborioso, quizás largo, pero nos anima la esperanza de estar guiados por

primera vez en la historia una Puerta Santa fue abierta conjuntamente por el Sucesor de Pedro, por el Primado Anglicano y por un Metropolitano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla

7 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 1.

la presencia de Cristo resucitado y por la fuerza inagotable de su Espíritu, capaz de sorpresas siempre nuevas.

La peregrinación en Tierra Santa

13. ¡Cómo no recordar también *mi Jubileo personal por los caminos de Tierra Santa!* Habría deseado iniciarlo en Ur de los caldeos, para seguir casi prácticamente las huellas de Abraham «nuestro padre en la fe» (cf. *Rm* 4,11-16). En cambio, tuve que contentarme con una etapa únicamente espiritual, mediante la sugestiva «Liturgia de la palabra» celebrada el 23 de febrero en la sala Pablo VI. A continuación tuvo lugar la verdadera peregrinación, siguiendo el itinerario de la historia de la salvación. Así tuve el gozo de pararme en el Monte Sinaí, lugar que recuerda la entrega del Decálogo y de la primera Alianza. Un mes después retomé el camino, llegando al Monte Nebo y visitando luego los mismos lugares habitados y santificados por el Redentor. Es difícil expresar la emoción que experimenté al poder venerar los lugares del nacimiento y de la vida de Cristo, en Belén y Nazaret, al celebrar la Eucaristía en el Cenáculo, en el mismo lugar de su institución, al meditar el misterio de la Cruz sobre el Gólgota, donde él dio su vida por nosotros. En aquellos lugares, aún tan probados e incluso recientemente azotados por la violencia, pude experimentar una acogida extraordinaria no solo por parte de los hijos de la Iglesia, sino también por parte de las comunidades israelí y palestina. Grande fue mi emoción en la oración ante el Muro de las Lamentaciones y durante la visita al Mausoleo de Yad Vashem, recuerdo aterrador de las víctimas de los campos de exterminio nazis. Aquella peregrinación fue un momento de fraternidad y de paz, que me complace señalar como uno de los dones más bellos del acontecimiento jubilar. Pensando en el clima vivido en aquellos días, expreso el sincero augurio de una pronta y justa solución de los problemas aún abiertos en aquellos lugares santos, tan queridos a la vez por los judíos, los cristianos y los musulmanes.

La deuda externa

14. El Jubileo ha sido también, —y no podía ser de otro modo— un gran acontecimiento de caridad. Desde los años preparatorios, hice una llamada a una mayor y más comprometida atención a los problemas de la pobreza que aún afligen al mundo. Un significado particular ha tenido, a este respecto, el problema de la *deuda externa de los países pobres.* En relación con éstos, un gesto de generosidad estaba en la lógica misma del Jubileo, que en su originaria configuración bíblica era precisamente el tiempo en el cual la comunidad se comprometía a restablecer la justicia y la solidaridad en las relaciones entre las personas, restituyendo también los bienes materiales substraídos. Me complace observar que recientemente los Parlamentos de muchos Estados acreedores han votado una reducción sustancial de la deuda bilateral que tienen los países más pobres y endeudados. Formulo mis votos para que los respectivos Gobiernos acaten, en breve plazo, estas decisiones parlamentarias. Más problemática ha resultado, sin embargo, la cuestión de la deuda multilateral, contraída por países pobres con los organismos financieros internacionales. Es de desear que los Estados miembros de tales organizaciones, sobre todo los que tienen un mayor peso en las decisiones, logren encontrar el consenso necesario para llegar a una rápida solución de una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos países, con graves consecuencias para la condición económica y existencial de tantas personas.

Un nuevo dinamismo

15. Éstos son algunos de los aspectos más sobresalientes de la experiencia jubilar. Ésta deja en nosotros tantos recuerdos. Pero si quisiéramos descubrir el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja, no dudaría en concretarlo en la *contemplación del rostro de Cristo*: considerado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino.

Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos «remar mar adentro», confiando en la palabra de Cristo: *¡Duc in altum!* Lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés. Al contrario, las experiencias vividas deben *suscitar en nosotros un dinamismo nuevo*, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. Jesús mismo nos lo advierte: «Quien pone su mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve para el Reino de Dios» (*Lc* 9, 62). En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral post-jubilar.

Sin embargo, es importante que lo que nos propongamos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del «hacer por hacer». Tenemos que resistir a esta tentación, buscando «ser» antes que «hacer». Recordemos a este respecto el reproche de Jesús a Marta: «Tú te afanas y te preocupas por muchas cosas y sin embargo solo una es necesaria» (*Lc* 10, 41-42). Con este espíritu, antes de someter a vuestra consideración unas líneas de acción, deseo haceros partícipes de algunos puntos de meditación sobre el misterio de Cristo, fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral.

II
UN ROSTRO PARA CONTEMPLAR

16. «Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12, 21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiem-

po, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no solo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

Sin embargo, nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*. El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del Jubileo, a la vez que reanudamos el camino ordinario, llevando en el corazón las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca *fija en el rostro del Señor*.

El testimonio de los Evangelios

17. La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo».[8] Teniendo como fundamento la *Escritura*, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. *Jn* 15, 26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al *testimonio de los Apóstoles* (cf. *Jn* 15, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. *1 Jn* 1,1).

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible.[9]

8 «*Ignoratio enim Scripturarum ignoratio Christi est*»: *Comm. in Is., Prol.*: *PL* 24, 17.
9 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina revelación, 19.

18. En realidad los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús según los cánones de la ciencia histórica moderna. Sin embargo, de ellos *emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro*, pues los evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables (cf. *Lc* 1,3) y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial. Sobre la base de estos testimonios iniciales ellos, bajo la acción iluminada del Espíritu Santo, descubrieron el dato humanamente desconcertante del nacimiento virginal de Jesús de María, esposa de José. De quienes lo habían conocido durante los casi treinta años transcurridos por él en Nazaret (cf. *Lc* 3, 23), recogieron los datos sobre su vida de «hijo del carpintero» (*Mt* 13, 55) y también como «carpintero», en medio de sus parientes (cf. *Mc* 6, 3). Hablaron de su religiosidad, que lo impulsaba a ir con los suyos en peregrinación anual al templo de Jerusalén (cf. *Lc* 2, 41) y sobre todo porque acudía de forma habitual a la sinagoga de su ciudad (cf. *Lc* 4, 16).

Después los relatos serán más extensos, aún sin ser una narración orgánica y detallada, en el período del ministerio público, a partir del momento en que el joven galileo se hace bautizar por Juan Bautista en el Jordán y, apoyado por el testimonio de lo alto, con la conciencia de ser el «Hijo amado» (cf. *Lc* 3, 22), inicia su predicación de la venida del Reino de Dios, enseñando sus exigencias y su fuerza mediante palabras y signos de gracia y misericordia. Los Evangelios nos lo presentan así en camino por ciudades y aldeas, acompañado por doce Apóstoles elegidos por él (cf. *Mc* 3, 13-19), por un grupo de mujeres que los ayudan (cf. *Lc* 8, 2-3), por muchedumbres que lo buscan y lo siguen, por enfermos que imploran su poder de curación, por interlocutores que escuchan, con diferente fruto, sus palabras.

La narración de los Evangelios coincide además en mostrar la creciente tensión que hay entre Jesús y los grupos dominantes

de la sociedad religiosa de su tiempo, hasta la crisis final, que tiene su epílogo dramático en el Gólgota. Es la hora de las tinieblas, a la que seguirá una nueva, radiante y definitiva aurora. En efecto, las narraciones evangélicas terminan mostrando al Nazareno victorioso sobre la muerte, señalan la tumba vacía y lo siguen en el ciclo de las apariciones, en las cuales los discípulos, perplejos y atónitos antes, llenos de indecible gozo después, lo experimentan vivo y radiante, y de él reciben el don del Espíritu Santo (cf. *Jn* 20, 22) y el mandato de anunciar el Evangelio a «todas las gentes» (*Mt* 28, 19).

El camino de la fe

19. «Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (*Jn* 20, 20). El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel Jesús con quien habían vivido unos tres años, y que ahora los convencía de la verdad asombrosa de su nueva vida mostrándoles «las manos y el costado» (*Jn* 20, 20). Ciertamente no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron solo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. *Lc* 24, 13-35). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. *Jn* 20, 24-29). En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, *solo la fe podía franquear plenamente el misterio de aquel rostro*. Ésta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. *Mt* 16, 13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la «gente» que es él, recibiendo como respuesta: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» (*Mt* 16, 14). Respuesta elevada, pero distante aún —¡y cuánto!— de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión

religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los «suyos»: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16, 15). Solo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16, 16).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 16, 17). La expresión «carne y sangre» evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre (cf. *Mt* 16, 17). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús «estaba orando a solas» (*Lc* 9, 18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos solo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Solo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista san Juan: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1, 14).

La profundidad del misterio

21. ¡El Verbo y la carne, la gloria divina y su morada entre los hombres! *En la unión íntima e inseparable de estas dos polaridades* está la identidad de Cristo, según la formulación clásica del Concilio de Calcedonia (año 451): «Una persona en dos naturalezas». La persona es la del Verbo eterno, el hijo del Padre, y solo ella. Sus dos naturalezas, sin confusión alguna, pero sin separación alguna posible, son la divina y la humana.[10]

Somos conscientes de los límites de nuestros conceptos y palabras. La fórmula, a pesar de ser siempre humana, está expresada cuidadosamente en su contenido doctrinal y en cierto modo, nos permite asomarnos a la profundidad del misterio. Ciertamente, ¡Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre! Como el apóstol Tomás, la Iglesia está invitada continuamente por Cristo a tocar sus llagas, es decir, a reconocer la plena humanidad asumida en María, entregada a la muerte y transfigurada por la resurrección: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado» (*Jn* 20, 27). Como Tomás, la Iglesia se postra en adoración ante Cristo resucitado, en la plenitud de su divino esplendor, y exclama perennemente: ¡«Señor mío y Dios mío»! (*Jn* 20, 28).

22. «El Verbo se hizo carne» (*Jn* 1, 14). Esta espléndida presentación joánica del misterio de Cristo está confirmada por todo el Nuevo Testamento. En este sentido se sitúa también el apóstol san Pablo cuando afirma que el Hijo de Dios nació de la estirpe

10 «Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre [...] uno solo y el mismo Cristo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, [...] no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios, Verbo y Señor Jesucristo»: *DS* 301-302.

de David «según la carne» (*Rm* 13; cf. 95). Si hoy, con el racionalismo que reina en gran parte de la cultura contemporánea, es sobre todo la fe en la divinidad de Cristo lo que constituye un problema, en otros contextos históricos y culturales hubo más bien la tendencia a rebajar o desconocer el aspecto histórico concreto de la humanidad de Jesús. Pero para la fe de la Iglesia es esencial e irrenunciable afirmar que realmente el Verbo «se hizo carne» y asumió *todas las características del ser humano*, excepto el pecado (cf. *Hb* 4, 15). Desde esta perspectiva, la Encarnación es verdaderamente una *kenosis*, un "despojarse", por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cf. *Flp* 2, 6-8; *1 P* 3, 18).

Por otra parte, este rebajarse del Hijo de Dios no es un fin en sí mismo; más bien, tiende a la plena glorificación de Cristo, incluso en su humanidad. «Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 9-11).

23. «Señor, busco tu rostro» (*Sal* 27, 8). El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y más sorprendente que la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (*Sal* 67, 3). Al mismo tiempo, Cristo, siendo Dios y hombre, nos revela también el auténtico rostro del hombre, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre».[11]

Jesús es el «hombre nuevo» (*Ef* 4, 24; cf. *Col* 3, 10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropolo-

11 CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

gía que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, orientándose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la «divinización», a través de la incorporación a Cristo del hombre redimido, admitido a la intimidad de la vida trinitaria. Sobre esta dimensión salvífica del misterio de la Encarnación los santos Padres insistieron mucho: solo porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en él y por medio de él, llegar a ser realmente hijo de Dios.[12]

Rostro del Hijo

24. Esta identidad divino-humana brota vigorosamente de los Evangelios, que nos ofrecen una serie de elementos gracias a los cuales podemos introducirnos en la «zona-límite» del misterio, representada por la *autoconciencia de Cristo*. La Iglesia no duda de que en su narración los evangelistas, inspirados por el Espíritu Santo, captaran correctamente, en las palabras pronunciadas por Jesús, la verdad que él tenía sobre su conciencia y su persona. ¿No es esto lo que nos quiere decir san Lucas, recogiendo las primeras palabras de Jesús, a sus doce años, en el templo de Jerusalén? Entonces él aparece ya consciente de tener una relación única con Dios, como es la propia del «hijo». En efecto, a su Madre, que le hace notar la angustia con que ella y José lo han buscado, Jesús responde sin dudar: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?» (*Lc* 2, 49). No es de extrañar, pues, que, en la madurez, su lenguaje expresara firmemente la profundidad de su misterio, como está abundantemente subrayado tanto por los Evangelios sinópticos (cf. *Mt* 11, 27; *Lc* 10, 22), como por el evangelista san Juan. En su autoconciencia Jesús no tiene dudas: «El Padre está en mí, y yo en el Padre» (*Jn* 10, 38).

---

12 A este respecto observa san Atanasio: «El hombre no podía ser divinizado permaneciendo unido a una criatura, si el Hijo no fuese verdaderamente Dios», *Discurso II contra los Arrianos* 70: *PG* 26, 425 B - 426 G..

Aunque sea lícito pensar que, por su condición humana que lo hacía crecer «en sabiduría, en estatura y en gracia» (*Lc* 2, 52), la conciencia humana de su misterio progresó también hasta la plena expresión de su humanidad glorificada, no hay duda de que ya en su existencia terrena Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios. San Juan lo subraya llegando a afirmar que, en definitiva, por esto fue rechazado y condenado. En efecto, buscaban matarlo, «porque no solo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (*Jn* 5, 18). En el marco de Getsemaní y del Gólgota, la conciencia humana de Jesús se verá sometida a la prueba más dura. Pero ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá alterar su serena seguridad de ser el Hijo del Padre celestial.

Rostro doliente

25. La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al *aspecto más paradójico de su misterio*, como se ve en la hora extrema, la hora de la cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano no puede por menos de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado al prever la prueba que le espera, solo delante de Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: «¡Abbá, Padre!». Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del sufrimiento (cf. *Mc* 14, 36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús no solo debió asumir el rostro del hombre, sino también el «rostro» del pecado. «Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (*2 Co* 5, 21).

Nunca acabaremos de penetrar en el abismo de este misterio. Toda la dureza de esta paradoja emerge en el grito de dolor, apa-

rentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: «*Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?"* —que quiere decir— *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»* (*Mc* 15, 34). ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa? En realidad, el angustioso «por qué» dirigido al Padre con *las palabras iniciales del Salmo 22*, aun conservando todo el realismo de un dolor indecible, se ilumina con el sentido de toda la oración en la que el Salmista presenta unidos, en un conjunto conmovedor de sentimientos, el sufrimiento y la confianza. En efecto, continúa el Salmo: «En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste... ¡No estés lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro!» (22, 5. 12).

26. El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre por amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, «abandonado» por el Padre, él se «abandona» en las manos del Padre. Sus ojos permanecen fijos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que solo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Solo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora en profundidad lo qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimiento atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudo vivir a la vez la unión profunda con el Padre, de por sí fuente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La presencia simultánea de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática.

27. Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es *la «teología vivida» de los Santos*. Ellos nos ofrecen unas indicaciones

valiosas que permiten acoger más fácilmente la intuición de la fe, y esto gracias a la iluminación particular que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho de los terribles estados de prueba que la tradición mística describe como «noche oscura». Muchas veces los Santos han vivido *algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz* en la paradójica confluencia de felicidad y dolor. En el *Diálogo de la Divina Providencia* Dios Padre muestra a *santa Catalina de Siena* cómo en las almas santas puede estar presente la alegría junto con el sufrimiento: «Y el alma está feliz y doliente: doliente por los pecados del prójimo, feliz por la unión y por el afecto de la caridad que ha recibido en sí misma. Ellos imitan al Cordero inmaculado, a mi Hijo Unigénito, el cual estando en la cruz estaba feliz y doliente».[13] Del mismo modo *santa Teresa de Lisieux* vive su agonía en comunión con la de Jesús, verificando en sí precisamente la misma paradoja de Jesús feliz y angustiado: «Nuestro Señor en el huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, y sin embargo su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo».[14] Es un testimonio muy claro. Por otra parte, la misma narración de los evangelistas permite esta percepción eclesial de la conciencia de Cristo cuando recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cf. *Lc* 23, 34) y expresando al Padre su extremo abandono filial: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (*Lc* 23, 46).

Rostro del Resucitado

28. Como en el Viernes y en el Sábado Santo, la Iglesia permanece en la contemplación de este rostro ensangrentado, en el cual

13 Santa Catalina de Siena, *Diálogo de la Divina Providencia*, 78.
14 Santa Teresa de Lisieux,*Últimos Coloquios. Cuaderno amarillo*, 6 de julio de 1897: *Opere complete*, Ciudad del Vaticano 1997, p. 1003.

se esconde la vida de Dios y se ofrece la salvación del mundo. Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. *¡Él es el Resucitado!* Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. *1 Co* 15, 14). La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo, como recuerda la Carta a los Hebreos: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (*Hb* 5, 7-9).

La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de san Pedro, que lloró por haberle negado y reanudó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: «Tú sabes que te quiero» (*Jn* 21,15. 17). Lo hace unida a san Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó conquistado por él: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia» (*Flp* 1, 21).

¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón!

Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vuelve a vivir como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. *«Dulcis Iesu memoria, dans vera cordis gaudia»*: ¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, fortalecida por esta experiencia, reanuda hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él «es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8).

III
CAMINAR DESDE CRISTO

29. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestro corazón por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un *renovado impulso en la vida cristiana*, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta que dirigieron a san Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer?» (*Hch* 2, 37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin subestimar los problemas. Ciertamente, no nos satisface la ingenua convicción de que exista una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio.

Con todo, es necesario que ese programa formule *orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad*. El Jubileo nos ha ofrecido la oportunidad extraordinaria de dedicarnos,

durante algunos años, a un camino de unidad en toda la Iglesia, un camino de catequesis articulada sobre el tema trinitario y acompañada por objetivos pastorales orientados hacia una fecunda experiencia jubilar. Doy las gracias por la cordial adhesión con la que ha sido acogida la propuesta que hice en la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*. Sin embargo, ahora ya no estamos ante una meta inmediata, sino ante el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria. Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las *Iglesias locales* es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas —objetivos y métodos de trabajo, formación y valorización de los agentes y búsqueda de los medios necesarios— que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.

Por tanto, exhorto ardientemente a los Pastores de las Iglesias particulares a que, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalen con confianza las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de cada Comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal.

Dicha sintonía será ciertamente más fácil por el trabajo colegial, que ya se ha hecho habitual, desarrollado por los Obispos en las Conferencias episcopales y en los Sínodos. ¿No ha sido éste el objetivo de las Asambleas continentales del Sínodo de los obispos, que han marcado la preparación al Jubileo, elaborando orientaciones significativas para el anuncio actual del Evangelio en los múltiples contextos y las diversas culturas? No se debe perder este rico patrimonio de reflexión; al contrario, hay que hacerlo concretamente operativo.

Nos espera, pues, una apasionante tarea de renovación pastoral. Una obra que nos implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, *algunas prioridades pastorales*, que la experiencia misma del Gran Jubileo ha puesto especialmente de relieve ante mis ojos.

La santidad

30. En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la *santidad*. ¿No era éste el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?

Espero que, entre quienes han participado en el Jubileo, hayan sido muchos los beneficiados con esta gracia, plenamente conscientes de su carácter exigente. Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.

Conviene, por eso, descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la «vocación universal a la santidad». Si los Padres conciliares dieron tanta importancia a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como «misterio», es decir, como pueblo «congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»,[15] llevaba a descubrir también su «santidad», entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el «tres veces Santo» (cf. *Is* 6, 3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *Espo-*

15 San Cipriano, *De Orat. Dom.* 23: *PL* 4, 553; cf. conc. ecum. Vat. II, const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 4.

sa de Cristo, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. *Ef* 5, 25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado.

Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (*1 Ts* 4, 3). Es un compromiso que no afecta solo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor».[16]

31. Recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que realizamos al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Se puede «programar» la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?

En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo?» Significa poner en su camino la radicalidad del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (*Mt* 5, 48).

Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, solo practicable por algunos «genios» de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la

16 Conc. Ecum. Vat. II, const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 40.

vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este *«alto grado» de la vida cristiana ordinaria*. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección. Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una auténtica *pedagogía de la santidad*, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe integrar las riquezas de la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.

La oración

32. Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte de la oración*. El Año jubilar ha sido un año de oración personal y comunitaria más intensa. Pero sabemos bien que la oración no es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, casi aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (*Lc* 11, 1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (*Jn* 15, 4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial,[17] pero también en la experiencia personal, es el se-

17 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.

creto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas.

33. ¿No es acaso un «signo de los tiempos» el hecho de que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una *generalizada exigencia de espiritualidad*, que en gran parte se manifiesta precisamente en *una renovada necesidad de oración*? También las otras religiones, ya presentes extensamente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen sus propias respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos mostrar a qué grado de interiorización puede llevar la relación con él.

La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible a la acción del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo: «El que me ame, será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (*Jn* 14, 21). Se trata de un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual y encuentra también dolorosas purificaciones (la «noche oscura»), pero llega, de muchas formas posibles, al inefable gozo vivido por los místicos como «unión esponsal». ¡Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús!

Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas «escuelas de oración»*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición

de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, hasta el «arrebato» de corazón. Por tanto, una oración intensa, pero que no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y capacita para construir la historia según el designio de Dios.[18]

34. Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración están llamados de manera particular a la oración: por su misma naturaleza, la consagración los hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que la cultiven con generosa dedicación. Pero se equivoca quien piense que los demás cristianos se pueden conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición.

Hace falta, por tanto, que enseñar a orar se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral. Yo mismo me he propuesto dedicar las próximas catequesis de los miércoles a la *reflexión sobre los Salmos*, comenzando por los de la oración de Laudes, con la cual la oración pública de la Iglesia nos invita a «consagrar» y orientar nuestra jornada. Cuánto ayudaría que no solo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales, nos esforzáramos más para que todo el ambiente estuviera marcado por la oración. Convendría

18 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, carta *Orationis formas* sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, 15 de octubre de 1989: *AAS* 82 (1990), 362-379.

valorizar, con el oportuno discernimiento, las formas populares y sobre todo educar en las litúrgicas. Quizá está más cercano de lo que ordinariamente se cree el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y tal vez con el rezo de Laudes y Vísperas. Lo demuestra la experiencia de tantos grupos comprometidos cristianamente, incluso con una buena representación de seglares.

La Eucaristía dominical

35. Por consiguiente, hace falta poner el máximo empeño en la liturgia, «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza».[19] En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en esta dirección, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana.[20] Desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquel «primer día después del sábado» (*Mc* 16, 2. 9; *Lc* 24, 1; *Jn* 20, 1), en el que Cristo resucitado llevó a los Apóstoles el don de la paz y del Espíritu (cf. *Jn* 20, 19-23). La verdad de la resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. *1 Co* 15, 14), acontecimiento que se encuentra en el *centro del misterio del tiempo* y que prefigura el último día, cuando Cristo vuelva glorioso. No sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el «Rey de Reyes y Señor de los Señores» (*Ap* 19, 16) y precisamente celebrando su Pascua, no solo una vez al

19 Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, 10.
20 Carta ap. *Dies Domini*, (31 de mayo de 1998), 19: *AAS* 90 (1998), 724.

año sino cada domingo, la Iglesia seguirá indicando a cada generación «lo que constituye el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo».[21]

36. Por tanto, quisiera insistir, en la línea de la carta apostólica *«Dies Domini»*, para que la *participación en la Eucaristía* sea realmente para cada bautizado, el *centro del domingo*: un deber irrenunciable, que se ha de vivir no solo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones, incluso en países de antigua cristianización. En muchas regiones los cristianos son o se están convirtiendo en un «pequeño rebaño» (*Lc* 12, 32). Esto los pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de su propia identidad. El deber de la participación eucarística cada domingo es uno de esos aspectos. La Eucaristía dominical, al congregar semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión se anuncia y se cultiva constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística el *día del Señor* se convierte también en el *día de la Iglesia*,[22] que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad.

El sacramento de la Reconciliación

37. Deseo pedir, además, una renovada audacia pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del *Sacramento*

21 *Ibíd.*, 2: *l.c.*, 714.
22 Cf. *Ibíd.*, 35: *l.c.*, 734.

de la Reconciliación. Como se recordará, en 1984 intervine sobre este tema con la Exhortación postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, que recogía los frutos de la reflexión de una Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada a esta problemática. Entonces invité a esforzarse por todos los medios para afrontar la crisis del «sentido del pecado» que se da en la cultura contemporánea,[23] pero más aún, invité a ayudar a los demás a redescubrir a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Éste es el rostro de Cristo que es preciso hacer que descubran también a través del sacramento de la penitencia que, para un cristiano, *«es el camino ordinario* para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo».[24] Cuando el mencionado Sínodo afrontó el problema, era patente a todos la crisis de ese Sacramento, especialmente en algunas regiones del mundo. Los motivos que la originaban no han desaparecido en este breve lapso de tiempo. Pero el Año jubilar, que se ha caracterizado particularmente por el recurso a la Penitencia sacramental, nos ha ofrecido un mensaje alentador, que no se ha de desaprovechar: si muchos, entre ellos tantos jóvenes, se han acercado con fruto a este sacramento, probablemente es necesario que los Pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo. ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante crisis temporáneas! Los dones del Señor —y los Sacramentos son de los más preciosos— vienen de Aquél que conoce bien el corazón del hombre y es el Señor de la historia.

el sacramento de la penitencia *«es el camino ordinario* para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo»

23 Cf. exhort. ap. *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre de 1984), 18: *AAS* 77 (1985), 224.

24 *Ibíd.*, 31: *l.c.*, 258

Primacía de la gracia

38. En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: *la primacía de la gracia.* Hay una tentación que se cierne siempre sobre todo camino espiritual y sobre la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «no podemos hacer nada» (cf. *Jn* 15, 5).

La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada» (*Lc* 5, 5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *¡Duc in altum!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: «en tu palabra, echaré las redes» (*Lc* 5, 5). Permitid al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración.

Escucha de la Palabra

39. No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración solo se puede concebir a partir de una renovada *escucha de la palabra de Dios*. Desde que el Concilio Vaticano II subrayó el

papel preeminente de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran medida a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos. Precisamente con esta atención a la palabra de Dios se está revitalizando sobre todo la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso con la difusión de la Biblia en las familias. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia.

Anuncio de la Palabra

40. Alimentarnos de la Palabra para ser «servidores de la Palabra» en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los países de antigua evangelización, la situación de una «sociedad cristiana», que, aun con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometedora, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante mezcla de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la «llamada» a la *nueva evangelización*. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica que siguió a Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el celo apremiante de san Pablo, que exclamaba: «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*1 Co* 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que ha de implicar la responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo solo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que se viva, como *compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos*. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas que se han de impregnar del mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud.

El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta *exigencia de inculturación*. Permaneciendo plenamente lo que es en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado. De la belleza de este rostro pluriforme de la Iglesia hemos gozado particularmente en este Año jubilar. Quizás es solo el comienzo, un icono apenas esbozado del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara.

La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin ocultar nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de san Pablo que decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (*1 Co* 9, 22). Al recomendar todo esto, pienso en particular en la *pastoral juvenil*. Precisamente por lo que se refiere a los jóvenes, como antes he recordado, el Jubileo nos ha ofrecido un testimonio de generosa disponibilidad. Hemos de saber valorizar aquella respuesta consoladora, empleando ese entu-

siasmo como un nuevo talento (cf. *Mt* 25, 15) que Dios ha puesto en nuestras manos para que lo hagamos fructificar.

41. Que nos sostenga y oriente, en esta acción misionera confiada, emprendedora y creativa, el ejemplo esplendoroso de los numerosos testigos de la fe que el Jubileo nos ha hecho recordar. La Iglesia ha encontrado siempre en sus mártires una semilla de vida. *Sanguis martyrum - semen christianorum.*[25] Esta célebre «ley» enunciada por Tertuliano, se ha demostrado siempre verdadera ante la prueba de la historia. ¿No será así también para el siglo y para el milenio que estamos iniciando? Quizás estábamos demasiado acostumbrados a pensar en los mártires como personas un poco lejanas, como si se tratara de un grupo del pasado, vinculado sobre todo a los primeros siglos de la era cristiana. La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema. En ellos la palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha fructificado el céntuplo (cf. *Mt* 13, 8. 23). Con su ejemplo nos han señalado y casi «allanado» el camino del futuro. A nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas.

IV
TESTIGOS DEL AMOR

42. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn* 13,35). Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «man-

25 TERTULIANO, *Apol.*, 50, 13: *PL* 1, 534.

damiento nuevo» que él nos dio: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (*Jn* 13,34).

Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como en el de las Iglesias particulares, es el de *la comunión* (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del Padre eterno, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. *Rm* 5,5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano».[26]

Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (*ágape*), todo sería inútil. Nos lo recuerda el apóstol Pablo en el *himno a la caridad*: aunque habláramos las lenguas de los hombres y los ángeles, y tuviéramos una fe «que mueve las montañas», si nos falta la caridad, todo sería «nada» (cf. *1 Co* 13,2). La caridad es verdaderamente el «corazón» de la Iglesia, como bien intuyó santa Teresa de Lisieux, a la que he querido proclamar doctora de la Iglesia, precisamente como experta en la *scientia amoris*: «Comprendí que la Iglesia tenía un corazón y que este corazón ardía de amor. Entendí que solo el amor movía a los miembros de la Iglesia (...). Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo».[27]

26 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 1.
27 SANTA TERESA DE LISIEUX, MsB 3vo, *Opere Complete*, Ciudad del Vaticano 1997, p. 223.

Espiritualidad de comunión

43. Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se forman los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es también capacidad para ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, espiritualidad de comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, afán de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la

comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

44. Sobre esta base, en el nuevo siglo debemos esforzarnos más que nunca por valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II, sirven para asegurar y garantizar la comunión. ¡Cómo no pensar, ante todo, en los *servicios específicos de la comunión* que son *el ministerio petrino* y, en estrecha relación con él, *la colegialidad episcopal*! Se trata de realidades que tienen su fundamento y su consistencia en el designio mismo de Cristo sobre la Iglesia,[28] pero que precisamente por eso necesitan de una continua verificación que asegure su auténtica inspiración evangélica.

Desde el Concilio Vaticano II se ha hecho mucho también en lo que se refiere a la reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales. Pero ciertamente queda aún mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de estos instrumentos de comunión, particularmente necesarios hoy ante la exigencia de responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en los cambios tan rápidos de nuestro tiempo.

45. Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre obispos, presbíteros y diáconos, entre pastores y todo el pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canó-

28 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, c. III.

nico, como los *Consejos presbiterales y pastorales*. Éstos, como es sabido, no se inspiran en los criterios de la democracia parlamentaria, puesto que actúan de manera consultiva y no deliberativa[29]; sin embargo, no pierden por ello su significado e importancia. En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos *a priori* en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluir normalmente, incluso en lo opinable, hacia opciones ponderadas y compartidas.

Para ello, hemos de hacer nuestra la antigua sabiduría, la cual, sin perjuicio alguno del papel jerárquico de los pastores, sabía animarlos a escuchar atentamente a todo el pueblo de Dios. Es significativo lo que san Benito recuerda al Abad del monasterio, cuando le invita a consultar también a los más jóvenes: «Dios inspira a menudo a uno más joven lo que es mejor».[30] Y san Paulino de Nola exhorta: «Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios».[31]

Por tanto, así como la prudencia jurídica, poniendo reglas precisas para la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y evita tentaciones de arbitrariedad y pretensiones injustificadas, la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y a la apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios.

29 Cf. Congregación para el Clero y Otras, Instrucción interdicasterial *Ecclesiae de mysterio* sobre algunas cuestiones relativas a la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes (15 agosto 1997): *AAS* 89 (1997) 852–877, especialmente art. 5: «Los organismos de colaboración en la Iglesia particular».

30 San Benito, Reg. III, 3: «*Ideo autem omnes ad consilium vocari diximus, quia saepe iuniori Dominus revelat quod melius est* ».

31 «*De omnium fidelium ore pendeamus, quia in omnem fidelem Spiritus Dei spirat*» San Paulino de Nola, *Epist.* 23, 36 a Sulpicio Severo: *CSEL* 29, 193.

Variedad de vocaciones

46. Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12, 12). Es necesario, pues, que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad.

Ciertamente se ha de hacer un generoso esfuerzo —sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (cf. *Mt* 9, 38)— en *la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración*. Se trata de un problema muy importante para la vida de la Iglesia en todas las partes del mundo. Además, en algunos países de antigua evangelización, se ha hecho incluso dramático debido al cambio de contexto social y al enfriamiento religioso causado por el consumismo y el secularismo. Es necesario y urgente organizar una *pastoral de las vocaciones* amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y a las familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la entrega total de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino.

En este contexto cobran también toda su importancia las demás vocaciones, enraizadas básicamente en la riqueza de la vida nueva recibida en el sacramento del Bautismo. En particular, es

necesario descubrir cada vez mejor *la vocación propia de los laicos*, llamados como tales a «buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios»[32] y también a llevar a cabo «en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres».[33]

En esta misma línea, tiene gran importancia para la comunión el deber de *promover las diversas realidades de asociación*, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una vitalidad que es don de Dios y constituyen una auténtica primavera del Espíritu. Ciertamente conviene que, tanto en la Iglesia universal como en las Iglesias particulares, las asociaciones y los movimientos actúen en plena sintonía eclesial y en obediencia a las directrices de los pastores. Pero para todos es también exigente y perentoria la exhortación del Apóstol: «No extingáis el Espíritu, no despreciéis las profecías, examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (*1 Ts* 5, 19-21).

47. Una atención particular se ha de prestar así mismo a la *pastoral de la familia*, especialmente necesaria en un momento histórico como el presente, en el que se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental. En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer —relación recíproca y total, única e indisoluble— responde al proyecto originario de Dios, ofuscado en la historia por la «dureza de corazón», pero que Cristo vino a restaurar en su esplendor originario, revelando lo que Dios quiso «desde el principio» (cf. *Mt* 19, 8). Además, en el matrimonio, elevado a la dignidad de sacramento, se expresa el «gran misterio» del amor esponsal de Cristo a su Iglesia (cf. *Ef* 5, 32).

32 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 31.
33 CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos, 2.

En este punto la Iglesia no puede ceder a las presiones de cierta cultura, aunque sea muy extendida y a veces militante. Más bien conviene procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas den ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana: tanto la de los cónyuges como, sobre todo, de la de los más frágiles, que son los hijos. Las familias mismas deben ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y han de hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos.

El compromiso ecuménico

48. Y ¿qué decir de la urgencia de promover la comunión en el delicado ámbito del *campo ecuménico?* La triste herencia del pasado nos afecta todavía al cruzar el umbral del nuevo milenio. La celebración jubilar ha incluido algunos signos verdaderamente profético y conmovedores, pero queda aún mucho camino por recorrer.

En realidad, al impulsarnos a fijar la mirada en Cristo, el gran jubileo nos ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad. «Creo en la Iglesia, que es una»: esto que manifestamos en la profesión de fe tiene *su fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida* (*1 Co* 1, 11-13). Como Cuerpo suyo, en la unidad producida por el don del Espíritu, es indivisible. La realidad de la división se lleva a cabo en el ámbito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo-Cabeza en el Cuerpo místico. La oración de Jesús en el cenáculo —«como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (*Jn* 17, 21)— es a la vez *revelación* e *invocación*. Nos revela la unidad de Cristo con el Padre como el lugar de donde brota la unidad de

la Iglesia y como don perenne que, en él, recibirá misteriosamente hasta el fin de los tiempos. Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia católica, a pesar de los límites propios de lo humano, se manifiesta también de manera diversa en muchos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, las impulsan sin cesar hacia la unidad plena.[34]

La oración de Cristo nos recuerda que este don ha de ser acogido y desarrollado de manera cada vez más profunda. La invocación *«ut unum sint»* es, a la vez, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche por nuestra desidia y estrechez de corazón. La confianza de poder alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos se apoya en la oración de Jesús, no en nuestras capacidades.

Desde esta perspectiva de renovado camino postjubilar, miro con gran esperanza a las *Iglesias de Oriente*, deseando que se recupere plenamente el intercambio de dones que enriqueció la Iglesia del primer milenio. El recuerdo del tiempo en que la Iglesia respiraba con «dos pulmones» ha de impulsar a los cristianos de oriente y occidente a caminar juntos, en la unidad de la fe y en el respeto de las legítimas diferencias, acogiéndose y apoyándose mutuamente como miembros del único Cuerpo de Cristo.

Con análogo esmero se ha de cultivar el diálogo ecuménico con los hermanos y hermanas de la *Comunión anglicana* y de las *Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma*. La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la

34 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 8.

colaboración en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro. Entre tanto, continuemos con confianza en el camino, anhelando el momento en que, con todos los discípulos de Cristo sin excepción, podamos cantar juntos con voz clara: «Ved qué dulzura, que delicia, convivir los hermanos unidos» (*Sal* 133, 1).

Apostar por la caridad

49. A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre, por su naturaleza, al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano.* Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean con mayor fuerza, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido nuevamente de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo quiso identificarse: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me hospedasteis; desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y venisteis a verme» (*Mt* 25, 35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. A la luz de esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que en el ámbito de la ortodoxia.

Ciertamente, no debemos olvidar que nadie puede ser excluido de nuestro amor, dado que «con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre».[35] Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los po-

---

35 Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

bres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales.

50. En efecto, en nuestro tiempo son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio con la carga de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural y tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no solo al margen del progreso, sino también sujetas a condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía personas que se mueren de hambre; condenadas al analfabetismo; sin la asistencia médica más elemental; sin techo donde cobijarse?

El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas formas de pobreza añadimos las nuevas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva «creatividad de la caridad», que promueva no tanto y no solo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de mostrarse cercanos y solida-

rios con quien sufre, para que el gesto de ayuda no sea percibido como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras.*

Retos actuales

51. ¿Podemos quedar indiferentes ante las perspectivas de un *desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O ante el *vilipendio de los derechos humanos fundamentales* de tantas personas, especialmente de los niños? Muchas son las urgencias ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible.

Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, hasta el punto de hacer impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. Me refiero al deber de comprometerse en la defensa *del respeto a la vida de cada ser humano* desde la concepción hasta su ocaso natural. Del mismo modo, el servicio al hombre nos obliga a proclamar, a tiempo y a destiempo, que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigen-

cias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad, que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano.

Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de la posición de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores arraigados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía y a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización.

52. Obviamente todo esto tiene que realizarse con un estilo específicamente cristiano: deben ser sobre todo *los laicos*, en virtud de su propia vocación, quienes lleven a cabo estas tareas, sin ceder nunca a la tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales. En particular, la relación con la sociedad civil tendrá que configurarse de tal modo que respete la autonomía y las competencias de esta última, según las enseñanzas propuestas por la *doctrina social de la Iglesia*.

Es notorio el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más preciso y orgánico su contribución a la solución de la cuestión social, que ha llegado a ser ya una cuestión planetaria.

Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad intimista e individualista, que no se

armoniza con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta tensión nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla. Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: «El mensaje cristiano, no aparta los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber».[36]

Un signo concreto

53. Como signo de este mensaje de caridad y de promoción humana, que se basa en las íntimas exigencias del Evangelio, he querido que el mismo Año jubilar, entre los numerosos frutos de caridad que ya ha producido en el curso de su desarrollo — pienso particularmente en la ayuda ofrecida a tantos hermanos más pobres para hacer posible su participación en el jubileo— dejase también *una obra* que sea, de alguna manera, *el fruto y el sello de la caridad jubilar*. En efecto, muchos peregrinos han contribuido de diferentes modos con sus ofertas y, junto con ellos, también muchos protagonistas de la actividad económica han ofrecido ayudas generosas, que han servido para asegurar la conveniente realización del acontecimiento jubilar. Una vez cubiertos los gastos que se han debido afrontar a lo largo del año, el dinero que sobre, debe destinarse a fines caritativos. En efecto, es importante excluir de un acontecimiento religioso tan significativo cualquier apariencia de especulación económica. Lo que sobre servirá para repetir también en esta ocasión la experiencia vivida tantas otras veces a lo largo de la historia desde que, en los comienzos de la Iglesia, la comunidad de Jerusalén ofreció a los no cristianos la imagen conmovedora de un inter-

36 Ib., 34.

cambio espontáneo de dones, hasta la comunión de los bienes, en favor de los más pobres (cf. *Hch* 2, 44–45).

La obra que se realice será solamente un pequeño arroyo que confluirá en el gran río de la caridad cristiana que recorre la historia. Arroyo pequeño, pero significativo: el jubileo ha movido al mundo a mirar hacia Roma, la Iglesia «que preside en la caridad»[37] y a dar a Pedro su oferta. Ahora la caridad manifestada en el centro de la catolicidad vuelve, de alguna manera, hacia el mundo a través de este gesto, que quiere quedar como fruto y memoria viva de la comunión experimentada con ocasión del Jubileo.

Diálogo y misión

54. Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Sin embargo, no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su «reflejo». Es el *mysterium lunae* tan frecuente en la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol cuya luz ella refleja.[38] Era un modo de expresar lo que Cristo mismo dice, al presentarse como «luz del mundo» (*Jn* 8, 12) y al pedir a la vez a sus discípulos que sean «la luz del mundo» (cf *Mt* 5, 14).

Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a la gracia que nos hace hombres nuevos.

---

37 S. Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, Pref., ed. Funk, I, 252.

38 Así, por ejemplo, S. Agustín: «*También la luna representa a la Iglesia, porque no tiene luz propia, sino que la recibe del Hijo unigénito de Dios, el cual en muchas pasajes de la Escritura alegóricamente es llamado sol*»: *Enarr. In Ps. 10, 3: CCL* 38, 42.

55. En esta perspectiva se sitúa también el gran desafío del *diálogo interreligioso,* en el cual continuaremos todavía comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II.[39] En los años de preparación para el gran jubileo, la Iglesia, mediante encuentros de notable interés simbólico, ha tratado de establecer *una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones.* El diálogo debe continuar. En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad. El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, *un nombre de paz y un imperativo de paz.*

56. Pero el diálogo no puede basarse en el indiferentismo religioso, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo dando el testimonio pleno de la esperanza que está en nosotros (cf. *1 P* 3, 15). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es *anuncio gozoso de un don* para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que «tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito» (*Jn* 3, 16). Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente por la Declaración *Dominus Iesus,* no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario, para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar.

La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la *missio ad gentes*

39 Cf. Decl. *Nostra aetate,* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

sigue siendo anunciar que en Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (*Jn* 14, 6), los hombres encuentran la salvación. El diálogo interreligioso «tampoco puede sustituir al anuncio; de todos modos, aquél sigue orientándose hacia el anuncio».[40] Por otra parte, el deber misionero no nos impide entablar el diálogo *íntimamente dispuestos a la escucha*. En efecto, sabemos que, frente al misterio de gracia infinitamente rico en dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito, el Espíritu de verdad (cf. *Jn* 14, 17), al que compete precisamente llevarla a la «plenitud de la verdad» (*Jn* 16, 13).

Este principio es la base no solo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones. No es raro que el Espíritu de Dios, que «sopla donde quiere» (*Jn* 3, 8), suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores. ¿No fue con esta humilde y confiada apertura como el Concilio Vaticano II se esforzó en leer los «signos de los tiempos»?[41] Incluso llevando a cabo un laborioso y atento discernimiento, para captar los «verdaderos signos de la presencia o del designio de Dios»,[42] la Iglesia reconoce que no solo ha dado, sino que también ha «recibido de la historia y del desarrollo del género humano».[43] Esta actitud de apertura, y también de atento discernimiento, con respecto a las otras religiones, la inauguró el Concilio. A nosotros nos corresponde seguir con gran fidelidad sus enseñanzas y sus indicaciones.

---

40 Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Instr. *Diálogo y anuncio: reflexiones y orientaciones* (19 mayo 1991), 82: *AAS* 84 (1992), 444.

41 Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 4.

42 *Ibí.*, 11.

43 *Ib.*, 44.

A la luz del Concilio

57. ¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, entrañan las orientaciones que nos dio el Concilio Vaticano II! Por eso, en la preparación del gran jubileo, pedí a la Iglesia que *se interrogase sobre la acogida del Concilio.*[44] ¿Se ha hecho? El Congreso que se celebró en el Vaticano fue un momento de esta reflexión, y espero que, de diferentes modos, se haya realizado igualmente en todas las Iglesias particulares. A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia que la Iglesia ha recibido en el siglo XX.* Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza.

CONCLUSIÓN
¡DUC IN ALTUM!

58. ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, debemos tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos.

¿No ha sido para tomar contacto con este manantial vivo de nuestra esperanza, por lo que hemos celebrado el Año jubilar? Ahora el Cristo contemplado y amado nos invita una vez más a

44 Cf. Carta Ap. *Tertio millennio adveniente*, 36: *AAS*87 (1995) 28.

ponernos en camino: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue derramado en Pentecostés y que nos impulsa hoy a partir nuevamente sostenidos por la esperanza «que no defrauda» (*Rm* 5, 5).

Nuestro paso, al principio de este nuevo siglo, debe hacerse más ágil al recorrer los senderos del mundo. Los caminos, por los que avanza cada uno de nosotros y cada una de nuestras Iglesias, son muchos, pero no hay distancia entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida. Cada domingo Cristo resucitado nos convoca de nuevo al Cenáculo, donde al atardecer del día «primero de la semana» (*Jn* 20, 19) se presentó a los suyos para «exhalar» sobre de ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización.

En este camino nos acompaña la Santísima Virgen, a la que hace algunos meses, junto con muchos obispos llegados a Roma desde todas las partes del mundo, consagré el tercer milenio. Muchas veces en estos años la he presentado e invocado como «Estrella de la nueva evangelización». La sigo indicando como aurora luminosa y guía segura de nuestro camino. «Mujer, he aquí tus hijos», le repito, evocando las mismas palabras de Jesús (cf. *Jn* 19, 26), y haciéndome voz, ante ella, del cariño filial de toda la Iglesia.

59. ¡Queridos hermanos y hermanas! El símbolo de la Puerta Santa se cierra a nuestras espaldas, pero para dejar más abierta que nunca la puerta viva que es Cristo. Después del entusiasmo

jubilar ya no volvemos a un anodino día a día. Al contrario, si nuestra peregrinación ha sido auténtica, debe desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera. Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol san Pablo: «Lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús» (*Flp* 13, 14). Al mismo tiempo, hemos de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazareth meditando en su corazón el misterio del Hijo (cf. *Lc* 2, 51).

Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer, como a los discípulos de Emaús «al partir el pan» (*Lc* 24, 30), nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, a fin de llevarles el gran anuncio: «¡Hemos visto al Señor!» (*Jn* 20, 25).

Este es el fruto tan deseado del Jubileo del Año dos mil, Jubileo que nos ha vuelto a presentar de manera palpable el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Redentor del hombre.

Mientras se concluye y nos abre a un futuro de esperanza, suba hasta el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, la alabanza y el agradecimiento de toda la Iglesia.

Con este deseo, desde lo más profundo del corazón, imparto a todos mi Bendición.

Vaticano, 6 de enero, Solemnidad de la Epifanía del Señor, del año 2001, vigésimo tercero de mi Pontificado.

Joannes Paulus pp. II



Documentos de la Conf. Episcopal Ecuatoriana

Comunicado del Consejo permanente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana

Democracia, el único camino

Los Obispos del Ecuador compartimos la angustia de millones de ecuatorianos sumidos en la pobreza. Esta situación no es justa, no es cristiana. El pecado de quienes por irresponsabilidad o por ambición la causaron clama al cielo. Todos, Estado e Iglesia, líderes indígenas y de los movimientos sociales, políticos y empresarios, tenemos la responsabilidad ineludible de cambiar tan inicua realidad.

Advertimos el peligro de ir por caminos equivocados: la anarquía, el desorden social, la desestabilización de las instituciones solo logran agravar situaciones ya de por sí desesperadas. Tales estrategias solo consiguen proyectar ante el mundo la imagen de un país ingobernable y la falsa ilusión de que cambiando gobiernos se solucionan los problemas. La violencia engendra violencia. La inseguridad social y jurídica desalientan la inversión, favorece la especulación y la inflación.

Por ningún motivo, por bueno que sea, es aceptable la toma de los templos, menos aún como instrumento de presión. El templo es casa de Dios, lugar sagrado de oración, su instrumentalización política hiere la sensibilidad del pueblo cristiano. Pedimos a los movimientos sociales abandonar para siempre esta práctica que rechazamos con energía.

Es la hora del diálogo. Con el Papa Juan Pablo II en su reciente Mensaje por la Paz pedimos el respeto y diálogo entre las diversas culturas de nuestro País, diversidad que es nuestra riqueza. El diálogo entre ellas es hoy particularmente necesario y "surge como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hom-

bre y dispone los ánimos a una recíproca aceptación, en la perspectiva de una auténtica colaboración. Este diálogo es instrumento eminente para realizar la civilización del amor y la paz".

Nos sumamos a las voces de quienes proponen un diálogo que vaya más allá de las coyunturas, un diálogo que enfrente el verdadero problema: la pobreza y la marginación de los indígenas y de tantos otros hermanos nuestros. Corresponderá a los protagonistas de este diálogo establecer las bases para un auténtico desarrollo social. Invitamos con énfasis y urgencia a que se establezca una mesa de diálogo con la participación de las entidades sociales que el Gobierno y el Pueblo Indígena consideran oportunas. Estamos seguros de que esta iniciativa tendrá el entusiasta apoyo de todos los ecuatorianos.

Por nuestra parte, fieles al Evangelio del Amor del Señor Jesús, contribuiremos activamente para promover las condiciones a fin de que ese diálogo sea posible y eficaz.

Hermanos ecuatorianos: les pedimos, les imploramos, pasar de la cultura de la confrontación a la del diálogo y trabajo tesonero para construir una nueva civilización, la de la honestidad, la verdad y la justicia.

¡Dios Salve a la Patria!

Iglesia por una Tv Familiar e Independiente

Conforme se había anunciado, la Iglesia ha decidido entrar en el grupo que adquiere la emisora Sí Tv. Se propone servir por este medio a la colectividad en las áreas de la información, la educación y el entretenimiento. La promoción se orienta a poder contar con una programación televisiva de tipo familiar, difusora de los valores humanos y cristianos que se hallan en la esencia de la cultura nacional.

El canal empieza esta nueva etapa con independencia de intereses particulares en el orden político y económico; en actitud de respeto a la dignidad de las personas e instituciones, comprometido con el sistema democrático y atento a las necesidades de las mayorías, especialmente de los más pobres.

Los Obispos miembros de la Conferencia Episcopal constituirán una fundación sin fines de lucho, denominada "Comunicación para la Familia". El Consejo Directivo de la fundación se halla integrado por los señores:

Ing. Pedro Aguayo Cubillo,	Presidente
Dr. Eduardo Castillo Barredo,	Vicepresidente
Ab. León Roldós Aguilera,	Vocal
Lcdo. Xavier Benedetti Roldós,	Vocal
Dra. Nila Velásquez Coello,	Vocal
Lcda. María Teresa Pérez de Crespo,	Vocal
Dr. Ramiro Cepeda,	Vocal

La Fundación, a través de sus directivos, será plenamente responsable de la gestión correspondiente a la participación accionaria en la compañía propietaria de Sí Tv.

La Conferencia Episcopal, fiel al signo de los tiempos que otorga a los hombres y mujeres cristianos un papel protagónico en las actividades temporales, confía en el afán evangelizador, la solvencia empresarial y periodística, el patriotismo y la creatividad de quienes han aceptado conformar este equipo. Y, al agradecerles por su generosa colaboración, les augura un buen desempeño en el servicio a la colectividad.

Secretaría General de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana



Documentos Arquidiocesanos

Navidad del Año 2000

"No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Lc 2, 10-12.

Señor Nuncio Apostólico en el Ecuador; señor Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito y señora de Moncayo; señor Prefecto Provincial de Pichincha; señores Obispos Auxiliares y hermanos concelebrantes; muy estimados hermanas y hermanos en el Señor que han participado en el Pase del Niño y están presentes en esta Misa de Navidad el año 2000:

La solemnidad de la Navidad que celebramos hoy, 25 de diciembre del año 2000, es una Navidad muy especial y extraordinaria. Lo es, porque en este 25 de diciembre se cumplen exactamente los 2000 años del nacimiento de Jesucristo, nuestro Redentor, en el portal de Belén.

Por tanto, celebramos también el paso del siglo XX al siglo XXI y vamos a atravesar el umbral del tercer milenio de la era cristiana. Precisamente el nacimiento de Jesucristo, acaecido hace 2000 años, marcó el principio de la era cristiana.

Jesucristo es el Hijo de Dios, hecho hombre en el seno virginal de la Sma. Virgen María, por obra del Espíritu Santo, para salvar a la humanidad caída en el pecado. En cuanto es Hijo de Dios, Jesucristo es eterno, está sobre la transitoriedad del tiempo. Pero, al hacerse hombre, entró en la historia de la humanidad, nació y vivió inserto en la cultura del pueblo de Israel, su existencia humana estuvo circunscrita por unas determinadas coordenadas espacio-temporales.

Desde el nacimiento de Jesucristo, acaecido hace 2000 años en la ciudad de David, Belén, se comenzó a contar el transcurso de los años, siglos y milenios de la era cristiana.

Por la importancia que tiene la celebración del bimilenio del nacimiento de Jesucristo, Su Santidad el Papa Juan Pablo II dispuso la celebración del Jubileo universal del año 2000, jubileo que ya se aproxima a su finalización.

"Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre"

No obstante la transitoriedad del tiempo, "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre", como nos lo ha recordado el lema del Jubileo universal.

Dada la importancia histórica del bimilenio del nacimiento de Jesucristo, nuestro Redentor, en esta ciudad de San Francisco de Quito hemos querido celebrar con especial solemnidad, con desbordante júbilo y con intenso fervor esta Navidad del año 2000.

Para esto el Arzobispado de San Francisco de Quito por medio de la Pastoral familiar arquidiocesana y el Ilustre Municipio del Distrito Metropolitano de Quito con la decisiva y entusiasta colaboración del señor Alcalde, General Paco Moncayo y de su señora Martha de Moncayo y con la participación de la Prefectura provincial de Pichincha, hemos decidido celebrar en la Plaza Grande de la Capital de los ecuatorianos, un magnífico Pase viviente del Niño Jesús y esta solemne Misa de Navidad, como una piadosa celebración de las familias cristianas de la Arquidiócesis de Quito, como una celebración de la familia que constituyen el Municipio y la Alcaldía del Distrito Metropolitano de Quito y como una celebración de la familia que forman los cantones de la provincia de Pichincha.

Para dar la mayor solemnidad y el ambiente de familia a esta celebración de la Navidad del año 2000, participan en ella, además de las autoridades municipales y provinciales, familias y delegaciones parroquiales de la ciudad de Quito, el Ballet Nacional Jacchigua, delegaciones de la provincia, como de la parroquia de Tumbaco o de la comunidad campesina de Tolóntag. Autoridades, familias cristianas, representaciones de parroquias y todos los aquí presentes, sean bienvenidos a esta solemne celebración de la Navidad del año 2000 y experimenten en su corazón el gozo intenso de conmemorar y actualizar en esta celebración litúrgica el nacimiento de Jesucristo, el Redentor del hombre.

Como nos ha recordado el Evangelio que ha sido proclamado en esta celebración, en la noche en que nació Jesucristo en la ciudad de Belén, un ángel anunció a unos pastores este mensaje: "No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor" (Lc 2, 10-11). como la Navidad de cada año es no solo conmemoración histórica del nacimiento de Jesús, sino también actualización mística de este nacimiento en la celebración litúrgica, bien puedo también anunciar en esta Navidad a todos los fieles de la Arquidiócesis de Quito y a todos los ecuatorianos, como una buena noticia y una grande alegría, que en este 25 de diciembre del año 2000, nos ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor.

Jesucristo es nuestro Salvador

Celebremos, pues, con gozo intenso esta Navidad del año 2000 con la convicción cierta de que Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre, va a ser para nosotros el Salvador. Pidámosle a Jesucristo, que actualiza en favor nuestro su nacimiento en este año 2000, que sea para nuestro pueblo ecuatoriano el Salvador que nos ayude a encontrar la solución de los graves problemas morales, económicos, sociales y políticos que nos agobian: que

por la acción salvadora de Jesucristo, cesen la corrupción y la inmoralidad; que por la acción salvadora de Jesucristo y por nuestra conversión y renovación espiritual, cesen la violencia y la delincuencia, a fin de que en la ciudad de Quito y en la provincia de Pichincha se consolide una sociedad pacífica, ordenada y disciplinada, honrada y laboriosa. Que pro la acción salvadora de Jesucristo, se reactive la economía y se fomente la producción, para que la pobreza no aflija a nuestro pueblo. Que por la acción salvadora de Jesucristo, no se agrave el problema social de la emigración de ecuatorianos a países extranjeros en busca de trabajo.

que nuestras familias sean fuentes de vida, centros de educación y promoción humana, y forjadores del desarrollo

Que por la acción salvadora de Jesucristo, nuestras familias cristianas se perfeccionen y consoliden como comunidades o iglesias domésticas, en las que sus miembros viven unidos por los lazos del amor y de la fidelidad; que nuestras familias sean fuentes de vida, centros de educación y promoción humana, y forjadores del desarrollo.

Jesucristo, Príncipe de la paz

El Evangelio según San Lucas nos refiere que en la noche en que nació Jesús en Belén, una multitud del ejército celestial alababa a Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor" (Lc 2, 13-14).

Que en esta Navidad del año 2000 todos los fieles de la Arquidiócesis de Quito, todos los vecinos del Distrito Metropolitano de Quito y de la provincia de Pichincha y todos los ecuatorianos

disfrutemos del don precioso de la paz anunciada en Belén. Que los ecuatorianos disfrutemos de la paz, que puede surgir de la comprensión mutua y de la unión de todos; de los acuerdos y consensos entre las altas funciones del poder público, entre los partidos políticos y los diversos sectores de la sociedad civil.

En esta Navidad del año 2000 pidamos a Jesús, Príncipe de la paz, que conceda la paz a Israel y a Palestina, a fin de que en Belén, lugar de su nacimiento, se conmemore en ambiente de paz la primera Navidad de hace dos mil años.

Imploro para las familias de la Arquidiócesis de Quito y para la entera familia del pueblo ecuatoriano la plenitud de las bendiciones del Niño Jesús en esta Navidad del año 2000 y que la luz de la esperanza de la Estrella de Belén ilumine nuestro ingreso en el tercer milenio de la era cristiana.

+Antonio J. González Zumárraga,
Arzobispo de Quito,
Primado del Ecuador

*Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Zumárraga,
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, en la
Misa de Navidad del año 2000, en el atrio de la Catedral Primada,
a las 11h00 del lunes 25 de Diciembre.*

Administración Eclesiástica

Nombramientos

Noviembre

28 P. José Patricio López N., Vicario Parroquial de San Leonardo Murialdo.

29 P. Segundo Sosa Vargas, Capellán de la Casa de Formación de Mercedarias del Niño Jesús.

29 P. Philippe Marie D'Humieres, Capellán voluntario del Hospital del Sur "Enrique Garcés".

Diciembre

15 P. Pablo Rivera, OFM., Párroco de Ntra. Sra. del Carmen de Ascázubi.

15 P. Jorge Armijos, OFM., Párroco de San Diego.

27 P. Fernando Pozo, OFM., Vicario Parroquial de Nta. Sra. de Guápulo.

27 P. Ernesto Moyano, OFM., Se le nombra Cooperador parroquial de Guápulo.

Enero

22 P. Jhan Wilson Morales Pavón, Director Espiritual del Senatus de Quito de la Legión de María.

Febrero

13 P. Alfonso Chávez, S.J., Miembro del Consejo de Presbiterio en representación del Equipo sacerdotal de la Zona pastoral "Quito Sur Centro-La Magdalena".

13 P. Alfonso Chávez, S.J., Decano de la Zona pastoral "Quito Sur Centro-La Magdalena".

Decretos

Noviembre

11 Decreto de erección de un Oratorio en casa de las Misioneras Eucarísticas de Nazareth.

Diciembre

18 Decreto de aprobación definitiva de la "Porciúncula de Jesús, María y José" como Asociación privada de fieles dentro de la Arquidiócesis de Quito.

19 Decreto de incardinación del Padre Jaime Eduardo Tutasi Paz y Miño.

Enero

03 Decreto de aprobación de la Asociación privada de fieles "Jesucristo Divino Amor" dentro de la Arquidiócesis de Quito.

03 Decreto de erección de una Capilla privada en casa de la familia Almeida-Coba, ubicada en la parroquia de Tumbaco.

10 Decreto de erección de un Oratorio en casa de la Comunidad de Religiosas Calasancias.

10 Decreto de erección de un Oratorio en el Asilo de Ancianos de la ciudad de Tabacundo.

18 Decreto de erección de una Casa religiosa de la Congregación de las Hermanas Misioneras del Sagrado Costado y de la Virgen Dolorosa en la ciudad de Quito, destinada a Noviciado.

22 Decreto de aprobación de la Asociación privada de fieles "Communio Sanctorum" en la Arquidiócesis de Quito.

31 Decreto de erección de una capilla privada en la hacienda del señor Alvaro de Guzmán Pérez, ubicada en la parroquia de Uyumbicho.

Febrero

07 Decreto de erección de la Casa religiosa "Oasis Marillac" de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl en la parroquia de Yaruquí.

Marzo

05 Decreto de erección de una Capilla privada en el Complejo de la Asociación de Trabajadores de la Empresa Eléctrica "Quito" S.A., ubicada en la parroquia de Cumbayá.

Ordenaciones

Noviembre

22 El Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Salomón Sarango Valladares, profeso perpetuo de la Congregación de los Sagrados Corazones. La ordenación tuvo lugar a las 18h00, en la iglesia de Atucucho.

Diciembre

02 En la Capilla del Colegio Paulo VI, a las 10h00, Mons. Carlos Altamirano Argüello, Obispo Auxiliar de Quito, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Edison

Hernán López López, religioso de votos perpetuos de la Congregación de San José (Josefinos).

08 A las 10h00, en la iglesia parroquial de Sangolquí, Mons. Olindo Spagnolo, Obispo Auxiliar de Guayaquil, confirió el orden sagrado del Diaconado a los señores Rubén Darío Bedoya Betancourt, Giancarlo Christiensen Freudt Espinoza, Ramiro de Jesús Ramírez Vásquez y Esteban Eduardo Sarango Jumbo, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito, alumnos del Seminario "María Stella Maris".

17 En la iglesia parroquial de San Juan Eudes, La Ofelia, a las 10h00, el Excmo. Mons. Antonio J. González, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Galo Fabricio Robalino Egüez, religioso de votos perpetuos de la Congregación de Jesús y María (Eudistas).

23 En la Catedral Primada de Quito, a las 08h30, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el ministerio del Lectorado a los señores Jorge Nelson Ardila Benavides, William Orlando Armendáriz Vaca, Elías Mauricio Ontaneda Ayala, Patricio Floresmilo Ruiz Caiza y José Stalin Vidal Peñaranda, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; el ministerio del Acolitado a los señores Luis Alfonso Escanta Escanta y Rubén Eduardo Parra Parra, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; y el orden sagrado del Diaconado al señor Santiago Hernán Vaca Herrera, seminarista de la Arquidiócesis de Quito, y a Fray Amable de Jesús González Chamba, religiosos profeso de la Orden de San Agustín.

Enero

27 En la iglesia parroquial de la Dolorosa del Colegio, a las 17h00, Mons. Julio Terán Dutari, S.J., Obispo Auxiliar de Quito, confirió el orden sagrado del Presbiterado al señor Diego Raúl Chauvín Proaño, diácono de la Compañía de Jesús.

Febrero

24 En la iglesia parroquial de Carapungo, a las 16h30, Mons. Eugenio Arellano, Obispo Vicario Apostólico de Esmeraldas, confirió el orden sagrado del Presbiterado al señor Rodolfo Fabián Caicedo Minda, diácono de la Congregación de Misioneros Combonianos.

Marzo

03 El Emmo. Sr. Card. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Macario Ulfredo Aguirre Suárez, religioso de votos perpetuos de la Sociedad del Divino Redentor. La ceremonia se realizó en la iglesia parroquial de Chillogallo, a las 10h00.

31 En la Catedral Primada de Quito, a las 08h30, el Emmo. Sr. Cardenal Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Diaconado al señor Marco Antonio Acosta Arce, seminarista de la Arquidiócesis de Quito; y el orden sagrado del Presbiterado al señor Santiago Hernán Vaca Herrera, Diácono de la Arquidiócesis de Quito.

Información Eclesial

En el Mundo

Crónica del consistorio

El Sumo Pontífice Juan Pablo II celebró el miércoles 21 de febrero, en la plaza de San Pedro, un consistorio ordinario público para la creación de cuarenta y cuatro nuevos cardenales, provenientes de veintisiete países de cuatro continentes: 7 de Italia; 4 de Alemania; 3 de Estados Unidos; 2 de Argentina, Brasil, Francia, India, Portugal y Ucrania; y uno de cada una de las siguientes naciones: Bolivia, Colombia, Chile, Costa de Marfil, Ecuador, Egipto, España, Gran Bretaña, Honduras, Irlanda, Letonia, Lituania, Perú, Polonia, República Sudafricana, Siria, Venezuela y Vietnam. El Papa había anunciado el consistorio a la hora del Angelus del domingo 21 de enero, cuando dijo que iba a crear 37 cardenales; ocho días después, añadió cinco cardenales más a la lista y dio a conocer también los nombres de los dos que se había reservado «in pectore» en el consistorio del 21 de febrero de 1998: mons. Marian Jaworski, arzobispo de Lvov de los latinos (Ucrania), y mons. Jānis Pujats, arzobispo de Riga (Letonia).

En esta lista se refleja la universalidad de la Iglesia, tanto por los lugares de procedencia de los nuevos cardenales como por la multiplicidad de sus ministerios: junto a prelados beneméritos por su servicio a la Santa Sede, figuran pastores que gastan sus energías en contacto directo con sus fieles en diócesis antiguas y recientes, teólogos famosos y hombres que han experimentado la persecución y la cárcel.

Se trata del octavo consistorio público del pontificado de Juan Pablo II y el más numeroso. El primero se celebró el 30 de junio de 1979; en él el Papa creó 14 nuevos cardenales, de los cuales uno «in pectore»; el segundo, el 2 de febrero de 1983, 18 cardenales; el tercero, el 25 de mayo de 1984, 28 cardenales; el cuarto, el 28 de junio de 1988, 25 cardenales, pero el teólogo Hans Urs von Balthasar murió repentinamente dos días antes de recibir la púrpura cardenalicia; el quinto, el 28 de junio de 1991, 22 cardenales; el sexto, el 26 de noviembre de 1994, 30 cardenales; y el séptimo, el 21 de febrero de 1998, 20, reservándose «in pectore» los dos que hemos citado.

La ceremonia comenzó a las 10h30. Cuando el Papa llegó al atrio de la plaza, donde se hallaban ya reunidos la mayoría de los cardenales, la capilla Sixtina, situada a la derecha de la cátedra, entonó el «Exsultate, iusti, in Domino» (Salmo 32). Juan Pablo II comenzó el sagrado rito con la señal de la cruz y el saludo litúrgico. A continuación leyó la fórmula de

creación de nuevos cardenales, proclamando sus nombres. La asamblea los escuchó con emoción, aplaudiendo largo tiempo. Luego, el primero de los nuevos cardenales, Giovanni Battista Re, se acercó a la cátedra pontificia y dirigió al Romano Pontífice unas palabras de saludo y agradecimiento en nombre de todos.

El Santo Padre leyó la oración colecta, pidiendo que la Iglesia, fiel a su misión, comparta siempre las alegrías y alma del mundo, para renovar en Cristo a la comunidad de los pueblos y transformarlos en la familia de Dios.

Después de la lectura de un pasaje tomado de la primera carta del apóstol san Pedro, capítulo 5, versículos 1-11, se cantó el salmo responsorial «Laudate Dominum in voce exsultationis», seguido del Aleluya. Luego se proclamó el evangelio según san Marcos (10, 32-45). El Vicario de Cristo pronunció la homilía.

A continuación, los nuevos cardenales, acogiendo la invitación que les hizo Juan Pablo II, hicieron juntos la profesión de fe ante el pueblo de Dios y pronunciaron la fórmula de fidelidad y obediencia al Romano Pontífice, leyendo en latín el siguiente texto:

«Yo... cardenal de la santa Iglesia romana, prometo y juro que, a partir de este momento y siempre, mientras viva, seré fiel a Cristo y su Evangelio, constantemente obediente a la santa Iglesia apostólica romana y a san Pedro en la persona del Sumo Pontífice Juan Pablo II y de sus sucesores canónica y legítimamente elegidos; conservaré siempre con las palabras y las obras la comunión con la Iglesia católica; y no manifestaré a nadie cuanto se me encomiende custodiar y cuya divulgación podría perjudicar o deshonrar a la Iglesia; desempeñaré con gran diligencia y fidelidad las tareas a las que estoy llamado en mi servicio a la Iglesia, según las normas del derecho. Que Dios omnipotente me ayude». Terminado el juramento de fidelidad, la «Schola cantorum» entonó el «Tu es Petrus».

Siguió el rito de la imposición de la birreta roja, «signo de la dignidad cardenalicia», como reza la fórmula litúrgica, para significar que deben estar siempre dispuestos a comportarse con fortaleza, hasta el derramamiento de la sangre, por el incremento de la fe cristiana, por la paz y la tranquilidad del pueblo de Dios y por la libertad y difusión de la santa Iglesia romana.

Los neocardenales se fueron acercando uno a uno a la cátedra del Papa -según el orden de creación y, después de hacer una inclinación, se arrodillaron ante el Sumo Pontífice. El Vicario de Cristo les impuso la birreta y entregó a cada uno la bula de creación con el nombre del título o de la diaconía de una iglesia de Roma, salvo a los dos patriarcas, como signo de participación en la solicitud pastoral del Papa en la Urbe, con lo cual pasan a ser miembros de la

Iglesia de Roma. Su Santidad dio el abrazo de paz a cada uno de los purpurados. A su vez los nuevos cardenales fueron abrazando a los antiguos.

Prosiguió la celebración de la Palabra con la oración universal de toda la asamblea en francés, portugués, inglés, alemán, ucranio y español: se pidió por la Iglesia, por el Papa, por los nuevos cardenales y por todos los miembros del Colegio cardenalicio, por los jefes de las naciones y todos los gobernantes, por los que sufren a causa de su fe cristiana y por todos los presentes. El Santo Padre entonó el padrenuestro y, al final, impartió la bendición apostólica. El acto se concluyó con el canto de la antífona mariana «Sub tuum praesidium».

En la ceremonia estuvieron presentes, junto a numerosos arzobispos y obispos, las veintidós delegaciones oficiales enviadas por los Gobiernos de los países de origen de los nuevos purpurados y la de delegados fraternos de algunas Iglesias y comunidades eclesiales, el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, y una asamblea cosmopolita. La ceremonia terminó poco después de las doce y media. El Papa saludó a las delegaciones en la capilla de la Piedad. Las de habla hispana estaban presididas por las siguientes personas: Argentina, el secretario para el culto, Norberto Padilla; Bolivia. el ministro de la Presidencia de la República, Marcelo Pérez Monasterios; Colombia, la esposa del presidente de la República, Nohra Puyana de Pastrana; Chile, la ministra de Asuntos exteriores, María Soledad Alvear Valenzuela; Ecuador, el vicepresidente de la República, Pedro Pinto Rubianes; España, el vicepresidente del Gobierno Mariano Rajoy Brey; Honduras, el presidente de la República, Carlos R. Flores; y Nicaragua, el secretario privado de la Presidencia, Alfredo Fernández.

Unos 650 periodistas de todo el mundo, 74 cadenas de televisión y 180 emisoras de radio conectadas, con Radio Vaticano y 40 agencias de fotografía cubrieron el acto.

Por la tarde, de las 16h30 a las 18h30, los nuevos cardenales recibieron la visita de cortesía de familiares y amigos en diferentes salas del palacio apostólico y en la sala Pablo VI.

El jueves, día 22, fiesta de la Cátedra de San Pedro, el Romano Pontífice presidió, también en la plaza de San Pedro, una solemne concelebración eucarística con los nuevos cardenales, a las 10h30 de la mañana, en la que les hizo entrega del anillo cardenalicio, signo de su comunión con nuestro Señor Jesucristo y de su especial asociación al ministerio petrino. Participaron numerosos cardenales, arzobispos y obispos; asistió también el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede y miles de fieles. El Vicario de Cristo, al comienzo de la misa, dirigió el siguiente saludo: «El Señor Jesús, Pastor supremo, nos ha convo-

cado de todos los rincones de la tierra para ofrecer al mundo un testimonio de unidad en el amor, como su Iglesia: una, santa, católica y apostólica». Después de decir que iba a entregar el anillo a los nuevos cardenales y lo que esto significaba, prosiguió, dirigiéndose a ellos: «El Espíritu Santo, que os ha elegido para este servicio, os halle a todos humildes y pobres, dóciles y disponibles para las tareas que os esperan. El Padre de la gloria, que sin mérito nuestro nos escoge como colaboradores suyos, nos conceda a todos, en esta celebración eucarística, ser perdonados como Pedro y confesar como él, ante el mundo, la fe en el Hijo de Dios vivo».

Las dos primeras lecturas se hicieron, respectivamente, en inglés y español, mientras que el salmo responsorial se cantó en italiano y el evangelio según san Mateo (16, 13-19), en latín. El Romano Pontífice pronunció la homilía. A continuación, entregó el anillo a cada uno de los nuevos cardenales, diciéndoles: "Hermanos queridísimos, al ser agregados al Colegio cardenalicio, quedáis unidos con un vínculo más fuerte a esta santa Iglesia romana, cuyos títulos os he asignado. Recibid, pues, el anillo, signo de dignidad, de solicitud pastoral y de una comunión más firme con la sede de Pedro». Cada uno de los cardenales, arrodillado ante el Romano Pontífice, fue recibiendo el anillo que el Papa le ponía en el dedo mientras pronunciaba estas palabras: «Recibe el anillo de manos de Pedro, y sabe que con el amor al Príncipe de los Apóstoles se refuerza tu amor a la Iglesia». Mientras tanto la asamblea cantaba el Salmo 18: «Los cielos proclaman la gloria de Dios».

Luego, siguiendo el rito, Su Santidad dijo a los neocardenales: «Hermanos queridísimos, os hablo en nombre del Maestro y Señor: id a vuestras naciones e Iglesias, id a vuestros títulos de esta santa ciudad y a la Curia, predicad el Evangelio, testimoniad a Cristo, edificad la Iglesia santa de Dios, bendecid a todos y llevadles la paz de Cristo. Y el Señor Jesucristo, pastor eterno y Rey universal, os guíe y custodie, juntamente con vuestros fieles».

Después de la profesión de fe, siguió la oración de los fieles, que se hizo en alemán, polaco, portugués, árabe, hindú y francés: se pidió por la Iglesia; por el Santo Padre; por las personas vinculadas de modo especial a los nuevos cardenales; por las congregaciones a las que pertenecen y por las naciones que representan; por toda la familia humana; por los que sufren; y por todos los presentes.

Al final de la celebración eucarística, Su Santidad, impartió la bendición y recorrió los distintos sectores en que estaba dividida la plaza, saludando a todos los fieles que habían participado en la ceremonia.

Eminentísimo Señor Cardenal
Antonio J. González Zumárraga
En Su Despacho

Emmo. Señor:

Reciba S.E., el respetuoso saludo de los funcionarios seglares, que laboramos para la Rvma. Curia Primada de Quito; le expresamos con sincero entusiasmo nuestras felicitaciones, por el honor que ha recibido; pedimos a Dios le bendiga en su salud y le conceda muchos años de vida; que su Gobierno Pastoral, continúe con el mejor de los éxitos; así mismo, humildemente le pedimos, nos permita dejar constancia de nuestra felicitación en esta placa que textualmente dice:

Homenaje
Al Emmo. Señor
ANTONIO J. CARDENAL GONZÁLEZ ZUMÁRRAGA
en su exaltación a príncipe de la Iglesia
sus colaboradores seglares
Curia Primada de Quito

Quito, febrero 21 del 2001

Srta. Inés Rodríguez Pozo
Srta. Nelly del Rocío Coronel Altamirano
Srta. Mariana de Jesús Ortiz Utreras
Srta. Gloria Cuesta Gallardo
Sra. Irma Patricia Martínez Villavicencio
Sra. Margarita Chuquimarca Mera
Srta. Beatriz Llusca Sánchez
Sr. José Salazar García
Sr. José Ricardo Galindo Estrella
Sr. José Luis Noboa Rodríguez
Sr. Alfonso Noboa Rodríguez
Sr. Guido Tulcán Pozo
Sr. Segundo Bravo
Sr. Luis López Jurado



El jueves 22 de febrero del 20
fiesta de la Cátedra de San Pe
dentro de una solemne celebración eucarís
S.S. el Papa Juan Pabl
hizo la entrega del anillo cardena
a los nuevos cardenales como signo de su comun
con nuestro Señor Jesucri
de su especial asociación al ministerio pe

